

# La Ilustración Artística

AÑO XII

BARCELONA 2 DE ENERO DE 1893

NÚM. 575

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



GITANO DE PURA RAZA, dibujo de J. García Ramos



## ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores que hemos adquirido el derecho exclusivo de publicación en España de la preciosa novela de Héctor Malot ANITA, con magníficas ilustraciones de Emilio Bayard, traducida al castellano por el reputado escritor D. Antonio Sánchez Pérez, que publicaremos en breve en la sección correspondiente.

## SUMARIO

**Texto.** - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *La música y sus representantes*, por Antonio Rubinstein. - *Vidas paralelas*, por José de Roure. - *La guitarra*, por José María Sbarbi. - *Los Reyes Magos. Incoherencias*, por Manuel Amor Meilán. - *Miscelánea con noticias de Bellas Artes, Teatros y Necrología.* - *Nuestros grabados.* - *Cargo de conciencia*, novela original de Juana Mairet, con ilustraciones de A. Moreau. - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *En el fondo del golfo de Guinea. La misión francesa del capitán Binger*, por L. G. Binger. - *Última sin laboratorio. Experimento de fluorescencia*, por J. G. - *La prestidigitación descubierta. Cochura de una torta en un sombrero*, por Magus. - *Las casas consistoriales de Filadelfia y su cúpula cubierta de aluminio.*

**Grabados.** - *Gitano de pura raza*, dibujo de J. García Ramos. - *Labor difícil*, cuadro de H. W. Schmidt. - San Juan de Arena (Asturias), cuadro de Cecilio Plá. - *Antonio Rubinstein.* - *Un discípulo aprovechado*, cuadro de Manuel Ramírez. - *Estación en Filadelfia del camino de hierro de Pennsylvania.* - *Castillo de Sotomayor (Pontevedra)*, propiedad del señor marqués de la Vega de Armijo (de fotografía de J. Prieto). - *Las dos hermanas*, cuadro de Escipión Vanutelli. - *El bautizo*, cuadro de José Gallegos. - *Bayardo en el momento de recibir su primera espada*, estatua en bronce de Pedro Rambaud. - *La nodriza y la infanta*, copia del célebre cuadro de Francisco Hals, existente en el museo de Berlín. - *Un concierto*, cuadro de Román Ribera. - *El gran festival mahometano de la Bucra-Ede ó Bagr-i-id (fiesta de la vaca) en el Naini-Tal, en las provincias del Noroeste de la India*, dos grabados que representan otros tantos grupos de mahometanos. - Figs. 1 y 2. Misión del capitán Binger en la costa del Marfil en el país de Kong. Una calle y una mezquita en Kong, dos grabados. - Experimento de fluorescencia. - Figs. 1, 2 y 3. Cochura de una torta en un sombrero. - Cúpula de la Casa de la Ciudad en Filadelfia y estatua de Guillermo Penn. - *Proyecto de Casa de Gobierno de la provincia de Salta (República Argentina)*, del arquitecto M. Fontanarossa.

## MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La Nochebuena en Europa. - Celebración universal. - Los dos solsticios de invierno y verano. - Sus consagraciones religiosas. - Institución de la Nochebuena. - Los pueblos meridionales en tal noche. - Recuerdos levantinos. - El Belén. - Conexiones entre los bueyes de nuestros belencitos y los bueyes de las mitologías orientales. - Jesús recién nacido. - Consideraciones. - Conclusión.

En todo el mundo cristiano celebran los fieles reunidos esta sacra noche. Yo recuerdo haberla pasado en París y en Ginebra, donde, á su manera y guisa, la celebraban todos con extraordinario regocijo, así bajo el ala de nuestras iglesias católicas como bajo el ala de las iglesias protestantes. Más severos en sus costumbres y en sus ideas éstos no dejan por esa severidad, congruente con su doctrina y con su liturgia, de tener fiestas y mover algarazas muy parecidas á nuestras algarazas y á nuestras fiestas. El árbol de Navidad, con sus ramas verdes y sus farolillos multicolores, en el cual se ostentan juguetes bellísimos destinados á los chicuelos impacientes, proviene del Norte y está circundado de poesía por los enjambres de canciones aladas que han puesto en torno suyo la poesía y la música germanas. Pues no hay necesidad de ir á Londres para enterarse del fervor y entusiasmo con que celebran los ingleses las fiestas de Navidad: basta pasarse por cualquier librería nuestra de las internacionales, y sobre sus mesas encontraréis á porrillo periódicos ilustrados y libros de aguinaldo, diciéndonos lo universal del culto prestado á esta noche santa por todos los pueblos cristianos sin ninguna excepción. La virtud capital del Cristianismo ha estribado en esto, en divinizar desde la maternidad hasta la muerte dentro de sus dogmas y de sus ritos aromados por una eterna poesía.

\* \*

¡Bendita sea la Natividad sacra del Señor! ¡Cuán graves y solemnes pensamientos inspira la noche dedicada por nuestra liturgia tradicional á conmemorar el nacimiento de Cristo! La religión cristiana, como las religiones de Grecia y Roma, santifica los dos solsticios, el de verano y el de invierno. En el solsticio de verano, en el más largo de todos los días, la

Iglesia celebra la Natividad del Bautista; y en el solsticio de invierno, en el más corto de todos los días, la Iglesia celebra la venida del Redentor, escogiendo el mes de los esplendores para las esperanzas, el mes de los hielos para la realización de estas esperanzas, como si toda realidad, aun la más religiosa, hubiera de traer forzosamente consigo, al cumplirse, dentro de los límites y relaciones de este mundo, inevitables amarguras y tristezas. La noche de San Juan puede llamarse la noche del amor, de la serenata, de la guitarra, de la magia; la Nochebuena puede llamarse la noche del hogar, de la inocencia, de la niñez, de la zambomba y el zorcico, diferenciándose entre sí estas dos noches como puede diferenciarse la enamorada canción del sencillito cuento. Camino de las almas, ¡cuán desconocido eres de los míseros mortales! Sabemos el origen de las lluvias y no sabemos el origen de las ideas, aunque las lluvias pasan en el seno de los aires y las ideas en lo interior de nuestro espíritu. Sabemos la órbita de un astro en lo infinito material y no sabemos la órbita de un pensamiento en lo infinito moral. Cuando San Lucas narra con la sencillez propia de la narración evangélica, sublime sencillez, la fuga de José y María escapados á los rigores del censo romano, la venida de la noche al establo de Belén, el nacimiento de Cristo en las pajas de los pesebres, el cántico de los ángeles en las alturas de los cielos, la reunión de los pastores cargados de rústicas ofrendas y traídos por los coros celestes y por las estrellas errantes, no podía de ningún modo adivinar, sino por una intuición sobrenatural, cómo estas páginas transformaban los espíritus para desasirlos del sensualismo antiguo, y movía las piedras para levantarlas en triángulos místicos por las hermosas catedrales, y elevaba las imaginaciones con alas nuevas á las cumbres de lo ideal, y producía otros Estados en la sociedad, modificando desde las instituciones hasta las costumbres en renovación lenta y profundísima y universal, consecuencia indeclinable de una compenetración mayor entre el humano y el divino espíritu. Pero dejemos estas reflexiones, que ni caben ya ni pueden caber en este nuestro tema. Examinen otros si la Nochebuena se instituyó por la Iglesia helénica ó por la Iglesia romana; si designó San Agustín el 24 de Diciembre para la Natividad, San Epifanio el 6 de enero, y otros padres, en sentir de San Clemente Alejandrino, fines de abril y mayo; si en su homilía trigésimaprimer el *Crisóstomo* dice que diez años antes de pronunciada tal arenga desconocía tamaña festividad: dejemos á los que de sabios y eruditos suelen preciarse dilucidar tales cuestiones, y vamos á recordar cómo la Natividad santísima del Salvador, este acto supremo en la vida sublime de María, suele comprenderse y festejarse por los pueblos cristianos, á que nosotros pertenecemos por virtud y obra de nuestra raza y de nuestra sangre. La vida entre los pueblos marítimos, sobre todo por las orillas mediterráneas, donde tiene tanta hermosura el suelo y el aire tanta luz; la vida en tierra embalsamada por el azahar, bajo un cielo embellecido por el arbol, junto á unos mares plateados de espumas que resaltan sobre aquella superficie de cristal azul; la vida guarda indecible poesía en tan deslumbradores sitios. Para gustarla precisa ir, no á la ciudad, al campo, á las aldeas; no al puerto mercantil, obscurecido por los vapores de la hulla y cubierto por los productos del comercio, sino á la playa casi desierta, donde so las aguas, tan transparentes como cristalinos mantañales, juegan y chispean, quebrando el resplandor de la luz en sus escamas, los multicolores pececillos. El día se dobla en la celeste superficie; el aire se carga de unas exhalaciones que facilitan la respiración y enardecen la sangre; las casas y chozas de los pescadores se amontonan á la orilla como aguardando al oleaje á guisa de la Galatea del idilio; la barca yace inmóvil sobre las arenas esmaltadas de conchas, entre las cuales brilla como gigantesco trozo de azabache la brea luciente; aquí saltan los chiquillos, corriendo á la desbandada con sus trajes de dril azul y sus gorros de lana carmesí; allí mécese la red tendida de higuera en higuera y el cenacho cubierto de algas y aparejado para contener las marinas cosechas; allá cantan los calafateadores que componen las naves apercebidas á desafiar las tempestades; acullá claman las pescadoras, semejantes con sus pies desnudos y sus cabezas coronadas por la circular cesta á las estatuas conocidas entre los griegos con el nombre de canéforas; acullá se dilatan los grandes copos recién extraídos, entre cuyas mallas, prendidas al término de largas maromas, centellean, mezcladas con el moño verde obscuro, cristalizadas partículas, semejantes á pedrería, y salta la pesca brillantísima coleteando, mientras por los límites del horizonte pasan latinas velas hinchadas de soplos favorables y seguidas por las gaviotas ó por las golondrinas que vuelan en torno, acompañadas de los delfines que parecen volar

entre las espumas batidas por sus lustrosos cuerpos, rompiendo con la quilla y con la proa el agua para dejar tras de sí fugaces pero luminosas estelas.

\* \*

En estos grandiosos espectáculos, nuevos á la continua, necesariamente las almas de los pueblos, como las almas de los individuos, toman brillantísimos esmaltes. Sus fiestas han de resultar por necesidad poéticas y alegres. Yo recuerdo aún la poesía que todos los años me reservaba en el santo seno de la familia esta festividad incomparable de Nochebuena. Por la tarde amontonábanse las castañas y las bellotas que se cocían á una en descomunales ollones, los recentales y las gallinas y los pavos que se aderezaban para el día siguiente, la dulce peladilla de Alcoy, los turrónes hechos con azucaradas almendras de Jijona ó de Alicante, los frescos cardos aporcados en los hermosos bancales, tantas gollerías propias de las Navidades. Los muchachos agujereaban los pucheros que les caían en las manos, y tapándoles la boca con pieles de conejo secadas al fuego, en cuyo centro ponían unas cañitas, arreglaban las ruidosas zambombas. Industrias no menos primitivas procurábanos todos los demás instrumentos. El pandero con sus ruidosísimas sonajas, las castañuelas con sus lazos de seda, habían menester más aparato; pero los rabeles, aparejados con una guita untosa, y los caramillos de cañas que podría envidiar el dios Pan, improvisábanse allí en el patio y en el corral de nuestra casa. Cuando venía la noche, noche de invierno, generalmente fría y lluviosa, mientras el viento aullaba en los ramajes, ó caían, ya el agua, si nublado, ya el hielo, si sereno, bajo las anchurosas campanas de las chimeneas chisporroteaban los sarmientos, tan fáciles al fuego, produciendo llamaradas, sobre cuyas rojas luces brillaban á guisa de meteoros entre las columnas de humo centellas múltiples, y en la roja ceniza deslumbraba nuestros ojos el *nochebueno*, el inmenso tronco de oliva ó encina, reservado de antiguo para este momento y parecido á una inmensa gigante brasa. ¿Y el nacimiento de Cristo? Las estatuas y los cuadros que luego he visto en mis correrías por el mundo no han conseguido sumergir mi ánimo en el éxtasis sugerido por aquellas toscas figuras de barro cubiertas por colorines chillones. Sobre una mesa de pino echábamos un tapete de muselina ó de indiana con varios ramajes y flecos. En torno de la mesa nosotros mismos amontonábamos el espliego, la salvia, el tomillo, recién cortados del monte, que formaban como alfombra mullida, la cual á nuestras pisadas despedía fortificadoras esencias. Una peña de cartón polvoreada de vidrio, á cuyas facetillas denominábamnos *vidrio volador* en jerga provincial, representaba el Belén, tomando á los reflejos de las velas contenidas en candelillos de plomo y en las arañas de latón visos de un rocío luminoso. Por las quebradas, entre hojas de lentisco, descendían reproducidos en barro los boiregos de blancos vellones y las ovejas regidas por un pastor, quien llevaba para el niño Dios, colgado al cuello, un recental. Aquí un viejo con pellica y zurrón aderezaba las migas puestas en perol anchísimo á la lumbre; allí una fuerte labriega, con su azul zagalejo y su negro corpiño, sobre cuyos pliegues blanqueaba un pañuelo de hilo, dirigía los potros al abrevadero; más lejos retozona muchacha parecía cacarear, según lo hinchado de sus mofletes, como las gallinas que comían trigo y arroz á sus pies; acullá un campesino empinaba la bota de rodillas, mientras otro cofrade suyo, asentado sobre un saco de avena, encataba el pan ó el queso; en las alturas veíase brillantísima constelación de talco, que guiaba á los reyes magos, caballeros en sus hacaneas y envueltos en sus mantos de púrpura y armiño, con sus coronas áureas á las sienas y sus vasos de mirra en el puño, mientras abajo, sostenido por un ángel de túnica celeste y blanca, el *Gloria in excelsis Deo* en letras de oropel, y bajo tanta enseña el pesebre con la mula en un lado y el buey en otro por el término primero; por el segundo la Virgen y San José, ambos poseídos de una contemplación extática, y sobre las pajillas el recién nacido, á quien besábamos como á un pequeñuelo de veras y adorábamos como al Dios de la verdad. Entonces, aunque supiéramos el *musá, musá*, no sabíamos gran cosa de tradiciones mitológicas, y por consiguiente no llegábamos á comprender toda la importancia conseguida por los bueyes en la religión de los pueblos. No hubiéramos vuelto con poco desprecio el rostro, bostezando y soñolientos, á quien viniera diciéndonos cómo el buey con la vaca representan la fecundidad de la vida en los himnos vedas; cómo la luna creciente que se alza por los cielos enrojecidos inspira la idea de que el toro, compañero de su dios Mitra, debe ser el primer animal criado sobre la tierra; cómo la vaca rubia simboliza



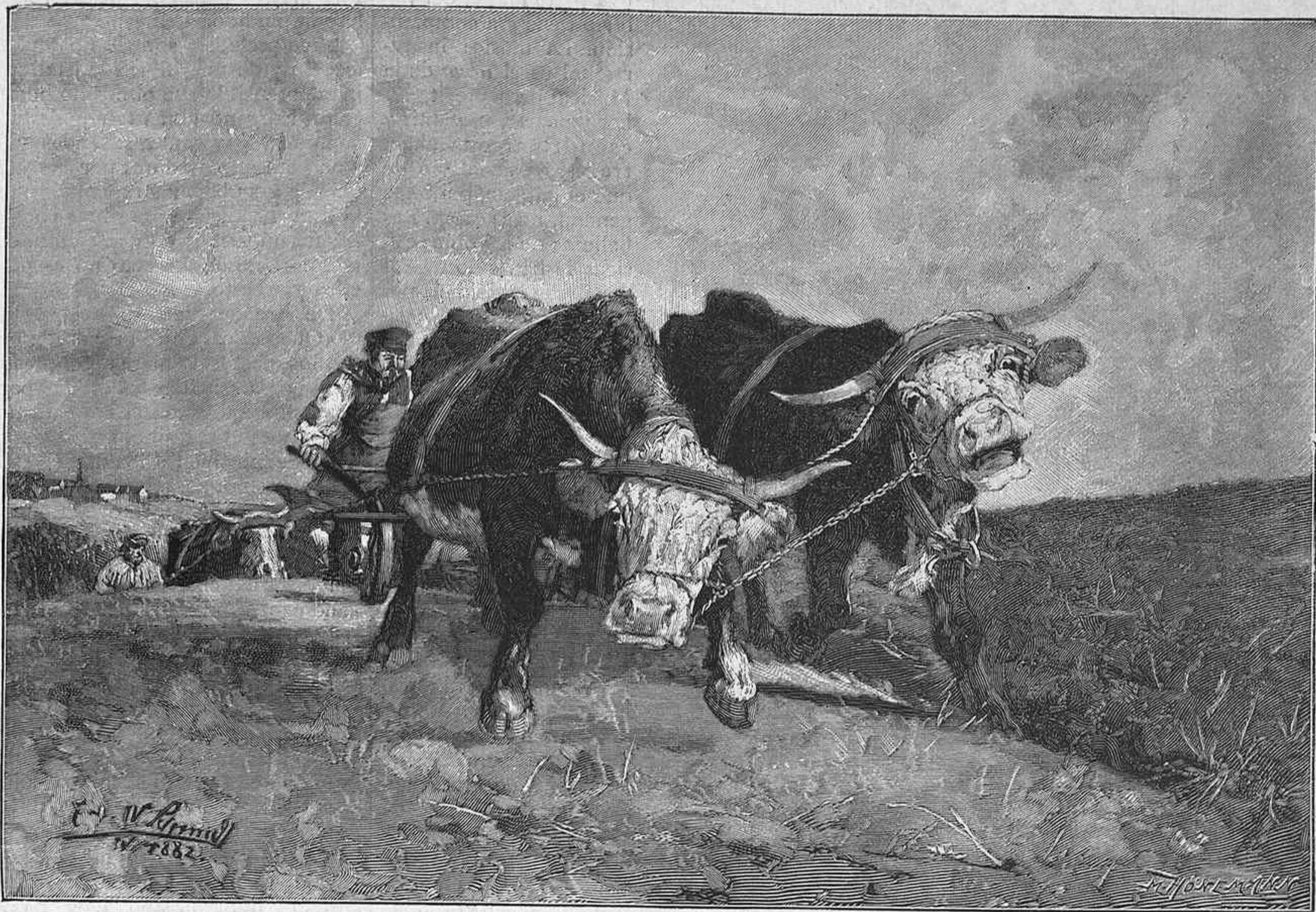
de suyo la riente aurora y augura el buen tiempo, al par que la vaca negra simboliza la noche y augura la tempestad entre los supersticiosos eslavos; cómo, según los antiguos alemanes, los cuatro bueyes, hijos de Gefión, surcan y remueven la tierra patria con sus arados, y según los antiguos franceses, un toro de piel atigrada engendra la raza de los merovingios al borde mismo de los mares; cómo Júpiter viene, según los metamorfosis de los helenos, sobre las ondas jonias á las poéticas orillas donde naciera Europa; en nuestras creencias

de aquel entonces era el buey, cuya piel, cuyos huesos, cuya carne, cuyos trabajos aprovechan á todos, el más útil entre los animales, á causa de haber calentado con su aliento al Niño Dios, aterido en la terrible noche de diciembre, y la mula estéril por haberse tragado la paja del sacratísimo pesebre. ¡Con qué gravedad predicaban los muchachos mayores sobre tal tema delante del Belén iluminado, mientras los pequeñuelos oían á una con verdadera pasión, tan prontos para dar un bollo al pacífico buey como

para romper un hueso á la mula espantadiza y estéril! ¡Qué noche! Los oídos más acostumbrados al estruendo no podían sufrir las castañuelas repiqueteadas, el gárrulo pandero, la rimbombante zambomba, los caramillos con sus flauteos, los rabeles con sus chirridos, las sonajas llenas de perdigones, el campaneo de los almoreces, el rasguear de las guitarras y los innumerables cantares á cuyas cadencias danzaban todos en tropel delante del Niño Dios con la más desenfrenada alegría y promoviendo las más re-

os ha pasado muchas veces, viendo moverse un corro de niños en Nochebuena alrededor de un nacimiento, apoteosis de la niñez, deteneros á pensar en las amarguras y en las tristezas que le reserva la vida? Aquel mismo infante divino, que nace entre los coros de los ángeles, bendecido por los pastores, adorado por los reyes, sudará sangre copiosa en el Olivete, recibirá hiel y vinagre en los labios, oirá injurias en su agonía y morirá como el último de los criminales en el más ignominioso de los patíbulos.

gocijadas al-gazaras. Sin embargo, el movimiento continuo de aquella tarde, las idas y venidas desde las cocinas al nacimiento, los arreglos del Belén, el cántico y el baile acababan por del todo rendirnos y prestarnos un sueño más pronto y más profundo que nuestro sueño corriente, quedándonos medio dormidos sobre las sillas y los bancos, hasta que las campanas de las parroquias nos despertaban llamándonos á misa del gallo, cantada en la media noche, donde á todos los estruendos se reunían las trompetas del órgano. ¿No



LABOR DIFÍCIL, cuadro de H. W. Schmidt



SAN JUAN DE ARENA (Asturias), cuadro de Cecilio Plá

156





Ant. Rubinstein

#### LA MÚSICA Y SUS REPRESENTANTES

El trabajo crítico que, en extracto, presentamos a nuestros lectores es de indudable importancia. Para formar cabal juicio acerca de él, no se olvide que quien lo ha escrito es músico y ejecutante a su vez y que, por lo mismo, su criterio puede adolecer de lastimosos prejuicios. Téngase también presente al leer lo que de Wagner dice, que perteneció éste a la raza germánica y que él desciende de eslavos. La antipatía entre las dos razas es demasiado profunda para que, siquiera a guisa de duda, no nos sea permitido pensar que en algo puede haber influido el antagonismo étnico en el juicio emitido sobre el maestro alemán.

Aparte de esto, el nombre de Rubinstein, conocido de todos, y sus dotes, avaloradas por muchos, son garantía de acierto y del interés con que ha de leerse su *Historia crítica de la música*. Léanla en extracto nuestros lectores y vuelvan a leerla íntegra aquellos a quienes los asuntos musicales apasionan, que obra es de un maestro y fruto al mismo tiempo de profundos estudios. — C. y R.

\* \* \*

Empieza el autor su notable trabajo, escrito en forma de diálogo, haciendo constar que la ópera, para él, es, dentro de la música, un género secundario. He aquí cómo explica su opinión:

«1.º La voz humana limita la melodía, cosa que no sucede con los instrumentos y que resulta una traba para la libre expansión del alma, ya se trate de expresar alegría ó dolor. 2.º Las palabras, por muy hermosas que sean, no cabe que expresen todos los sentimientos que llenan el alma, eso que con gran exactitud se llama *inexpresable*. 3.º Así en la alegría más viva como en el dolor más profundo, el hombre siente surgir en su interior una melodía á la cual no podría ni querría adaptar palabras. 4.º Jamás, en ninguna ópera, se ha oído ni se oír la expresión trágica que encontramos, por ejemplo, en la segunda parte del trío en *re* mayor de Beethoven ó en las sonatas, op. 106, parte segunda, y op. 110, tercera parte, etc.»

Opina que si la ópera es el género á que se dedican con predilección los grandes compositores, se debe á que casi todos ellos esperan de aquella manera ser antes y mejor comprendidos por el público, y añade:

«Para saborear por completo una sinfonía es preciso poseer una verdadera iniciación musical, y sólo

una parte ínfima del público tiene esa comprensión. La música instrumental es el alma de la Música; pero precisa saber penetrar, presentir y escudriñar esta alma, trabajo psicológico de que el público, por regla general, no es capaz. Las bellezas de las obras clásicas le han sido reveladas desde la infancia por la admiración de sus padres y por las explicaciones de sus profesores, y por esto, sin duda, demuestra por ellas un entusiasmo convencional; pero imagino que si hoy debía descubrir por su cuenta las bellezas que atesoran, las obras de los clásicos correrían el riesgo de quedar olvidadas.»

Después de hacer notar que hasta la segunda mitad del siglo actual la música ha florecido solamente en Italia, Alemania y Francia, y que puede dividirse la historia de la Música en tres grandes épocas, describe de esta manera esa división:

«Tengo para mí que el arte musical empieza con Palestrina, y de él hago arrancar la primera época de nuestro arte, aquella que á un tiempo llamaré época del *órgano* y época *vocal*; los más eximios representantes de ella han sido Bach y

Hændel, que dignamente la coronan. A la segunda época la llamaré *instrumental*, es decir, la época del desarrollo del piano y de la orquesta; época que empieza con Felipe-Manuel Bach y termina en Beethoven, que es la más alta encarnación de ella, comprendiendo en ese ciclo á Haydn y Mozart. Llámase á la tercera *lírico-romántica*; empieza con Schubert y tiene por representantes á Weber, Mendelssohn, Schumann y Chopin, que la cierra.»

Viene por último el juicio que le merecen las distintas personalidades que en esas diversas épocas sobresalieron en el campo de la Música. Esta es, indudablemente, la parte más importante y curiosa de la obra; pues los juicios emitidos por el ilustre músico distan mucho de estar conformes con los que generalmente han merecido los grandes maestros. En primer lugar, bastará la enumeración de los bustos que Rubinstein tiene en su despacho, como en sitio de honor, para que se comprenda la disparidad de juicio que señalamos. Esos retratos son los de Bach, Beethoven, Schubert, Chopin y Glinka, de quienes dice que son los maestros por los que siente admiración mayor. A Hændel, Haydn y Mozart los considera inferiores á éstos: ¿es que el *virtuoso* se sobrepone al compositor? En segundo lugar, algunos párrafos entresacados de los juicios que emite sobre los compositores acabarán de patentizar que el eminente pianista no sigue las trochas conocidas, sino que, á hachazo limpio, se abre nuevo sendero.

Para él la música empieza con Palestrina y los dos ó tres maestros italianos Carulli, Scarlatti, Couperin y Rameau, que son los iniciadores de la música religiosa que precede inmediatamente á la instrumental, de que Juan Sebastián Bach y Jorge Federico Hændel son los representantes que con más relieve se destacan. Con ellos «la música llega á tal perfección, alcanza sublimidad y brillantez tan grandes, que parece que la humanidad escuche por segunda vez el *fiat lux*.»

De Bach dice Rubinstein lo siguiente: «Conocéis, sin duda, aquella anécdota de la vida de Benvenuto Cellini, según la cual el artista estaba falto de metal para un trabajo que le había encargado el rey de Francia. Para evitar dificultades tomó el partido de fundir todos sus modelos; pero de repente, al coger una copa de labor admirable, se detuvo y no pudo resolverse á echarla al fuego. *El clavicordio bien templado* es esa joya de la música; si, por desgracia, todos los motetes, las cantatas, las misas de Bach y hasta la música de *La Pasión* se perdían, y únicamente quedaba *El clavicordio bien templado*, no ha-

bría motivo para desesperarse, pues la música no se habría perdido.

»Sus preludios son de un esplendor, de una perfección y de una diversidad tan grandes, que parece incomprendible que el mismo hombre que ha escrito para el órgano obras tan majestuosas, haya podido componer gavotas, zarabandas y otros trozos para piano tan encantadores por su sencillez. Dejo de hablar de sus obras instrumentales; pero si añado á esta lista sus gigantescas obras vocales, me parece que llegará un tiempo en que se dirá de él lo que de Homero: «Un hombre solo no es posible que haya escrito todo esto.»

De Hændel dice así:

«Quedan para este maestro la majestad, la brillantez, los efectos de masas y el prestigio sobre la multitud por la sencillez del dibujo, por la diatónica (contraste admirable con el cromatismo de Bach), por la nobleza en el realismo, por el genio, en una palabra. Creo definir bien á los dos maestros por medio de este aforismo: «Bach, la catedral; Hændel, el palacio.» En la catedral se oye el murmullo respetuoso y recogido de los fieles, bajo la impresión de la grandeza del edificio y de la elevación del pensamiento que encarna; en cambio, las gentes que visitan un palacio expresan ruidosamente su viva admiración y el sentimiento de sumisión que despiertan en ellas la majestad, el lujo y el brillo de lo que les rodea.»

De Haydn dice que es un músico «cordial, alegre, ingenuo, sin pretensiones; que es un amable anciano que trae siempre repletos los bolsillos de golosinas musicales para los niños, es decir, para el público; pero que está presto siempre á administrar una mercurial á la gente demasiado turbulenta; que es un profesor afable, pero severo, que viste un frac monumental adornado con puntillas y que lleva puños de encaje y zapatos con hebillas. Habla, no el alemán castizo y literario, sino la jerga vienesa. Todo eso lo oigo yo cantar en las notas de su música.»

»La música instrumental le debe mucho; ha desarrollado la orquesta sinfónica y la ha elevado casi á la altura de Beethoven; el cuarteto para instrumentos de cuerda le debe toda su amplitud y nobleza.»

Mozart no es, para el pianista eslavo, el genio universal y sin segundo que para otros; pero no por ello deja de prodigarle grandes elogios.

«En Mozart — dice — como en Haydn oigo siempre la jerga vienesa, pero no vacilo en proclamarle el sol (Elios) de la música. Todos los géneros los ha iluminado con sus rayos, y ha puesto sobre cuanto ha tocado el sello de la divinidad. No se sabe qué admirar más, si su melodía ó su forma, si su limpidez de cristal ó su riqueza de invención. Al lado de su sinfonía en *sol* menor (esta maravilla única en el lirismo), ha puesto la última parte de la sinfonía *Júpiter* (esta otra maravilla de la técnica sinfónica); al lado de las oberturas de *La flauta mágica* y de *Las bodas de Figaro* (esas maravillas de alegría y frescura), ha hecho el *Réquiem* (esa maravilla de armonioso dolor), y después de la *Fantasia* para piano ha creado el quinteto en *sol* menor. Aun cuando Gluck haya creado antes que él grandes cosas para el teatro y quizá haya trazado nuevas vías, parece, al compararse con Mozart, un compositor de piedra. Cuando recuerdo á este maestro no puedo menos de exclamar: ¡claridad eterna, en música te llamas Mozart!»

Hablando de Beethoven formula así su juicio:

«Su grandeza en el *adagio* es admirable; pasa en él del lirismo más exagerado á la metafísica pura y aun al misticismo; pero en el *scherzo* es donde verdaderamente se sobrepone á sí mismo: allí hay la sonrisa, la risa, la carcajada; á veces la amargura, la ironía, la cólera, todo un mundo de expresiones psíquicas que parecen que no pertenezcan á un mortal, sino á un titán invisible que tan pronto admira á la humanidad como la escarnece, que tan pronto se indigna contra ella como se apiada de su suerte. En sus *scherzos* Beethoven es inconmensurable.»

Después dice del sordo sublime Schubert:

«Considero á Beethoven como la cumbre de la segunda época del arte musical, y á Schubert como el generador de la tercera. Es, en verdad, una personalidad notable la de este maestro. A los demás, aun á los más grandes, se les conoce predecesores; él solo surge espontáneamente, así en la música vocal como en la instrumental; si ha tenido predecesores nadie los conoce. Es indudablemente quien ha creado el romanticismo lírico en la música.»

Después de hablar rápidamente de los grandes compositores de óperas, á los que por el escaso crédito que le merece el género, no trata por cierto con mucha consideración, ya tenga que juzgar á Rossini, ya á Meyerbeer, bien á Weber ó á Bellini, pasa á examinar las obras y aquilatar el mérito de la música de Ricardo Wagner.

El juicio de Rubinstein sobre el gran maestro ale-





UN DISCIPULO APROVECHADO cuadro de Manuel Ramirez



mán es uno de los más completos y originales que hemos leído, y es, sin duda alguna, lo que da carácter especialísimo á la obra que extractamos por estar en contradicción con lo que generalmente se ha dicho del gran reformador de la música.

«En 1846 me encontraba un día en Berlín en casa de Mendelssohn, donde encontré á Taubert, quien, al advertir sobre el piano la partitura de *Tannhauser*, preguntó á Mendelssohn su opinión sobre el compositor. Aquél contestó: «El hombre que escribe á un tiempo las palabras y la música de sus óperas, por esto solo se le puede considerar como un ser extraordinario.» Sí, Ricardo Wagner es un hombre extraordinario; pero esto no cambia en lo más mínimo mi juicio sobre los compositores modernos. Wagner es, seguramente, un artista interesante y notable; pero desde el punto especial de la música no encuentro en él, por más que le examino, ni grandeza, ni elevación, ni profundidad.

— Quizá le negaréis también el mérito de ser un innovador.

— Wagner es tan vario que es difícil formular sobre él un juicio general. Además sus ideas fundamentales acerca del arte me son por tal manera antipáticas, que mis apreciaciones no podrían por menos de molestaros.

— Puesto que he tenido la paciencia de escucharos hasta aquí, bien puedo oír igualmente lo que queráis decirme de Wagner.

— El maestro alemán cree que la música vocal es la más alta expresión del arte musical; tengo para mí que, exceptuando la canción y la plegaria, la música empieza únicamente allí donde la palabra acaba. Wagner proclama *un solo arte universal* ó la unión de todas las artes en una sola, por lo que hace al teatro; y me parece á mí que por medio de esta unión no puede satisfacer plenamente ninguna. Wagner es partidario de la leyenda, es decir, de lo sobrenatural en los asuntos de ópera; y entiendo yo que lo sobrenatural no es más que una expresión fría del arte. Lo sobrenatural puede ofrecer un espectáculo interesante, quizá poético; pero jamás nos dará un drama, ya que no es posible que nos identifiquemos con seres sobrenaturales. Cuando un tirano da á un padre la orden de derribar por medio de una flecha una manzana puesta sobre la cabeza de su hijo; cuando una mujer se interpone entre el hierro homicida y el pecho de su esposo; cuando un hijo, para salvar la vida de su madre, se ve obligado á renegar de ella y hacerla pasar plaza de loca, nos sentimos conmovidos hasta lo más profundo de nuestro corazón, tanto si estas situaciones se nos explican por medio del canto, de la palabra ó de la música. Pero cuando un héroe se convierte en invencible, merced á un talismán; cuando un amor sin límites nace de un filtro, ó cuando aparece un caballero montado sobre un cisne que al cabo se transforma en un príncipe, esas situaciones pueden ser muy bellas y poéticas, pueden halagar nuestros ojos y oídos, pero nunca alcanzarán á conmover nuestra alma.

El leitmotiv escogido para caracterizar un personaje ó una situación, es un procedimiento ingenuo, que mejor se presta á la burla que á una discusión seria. El *rappel* (procedimiento musical asaz anticuado) es á veces más afortunado, pero no cabe abusar de él, ya que la repetición de un mismo motivo al aparecer un mismo personaje ó simplemente cuando se habla de él, resulta una característica que traspasa los límites y cae de lleno en la caricatura.

La exclusión de arias y de conjuntos en la ópera es, á mi juicio, un error psicológico. El «aria» en la ópera corresponde al monólogo en el drama; explica el estado de alma del héroe antes ó después de un acontecimiento, así como el «conjunto» representa el estado de alma de muchos personajes. ¿Cómo, pues, excluirlos? Personajes que de continuo hablan entre ellos y jamás aparte, al fin y al cabo resultan indiferentes, porque no se sabe nunca lo que pasa en su interior. Un dúo de amor en el cual no suene nunca un canto de conjunto, jamás puede ser del todo verdadero; faltará siempre el grito simultáneo: «¡Yo te amo!» el dúo de los ojos y de los corazones.

La orquesta domina demasiado en las óperas de Wagner; disminuye el interés de la parte vocal, y aun cuando á él le atañe el cuidado de expresar lo que pasa en el alma de los personajes, es precisamente esta importancia de la orquesta lo que le daña, porque entonces el canto resulta superfluo en la escena. ¡Cuántas veces se rogaría de buena gana á la orquesta que callara para que pudiera oírse lo que cantan los actores! ¿Hay acaso una orquesta más interesante que la de *Fidelio*? Y, sin embargo, nadie siente deseos de imponerle silencio.

El procedimiento por medio del cual se disimulan los cambios de decoraciones, gracias á los vapores que invaden la escena, es insostenible. Resulta imposible

remediar las exigencias escénicas de un teatro, pues las decoraciones sólo pueden cambiarse cambiándose. Que bajen al foso ó suban á las bambalinas, que se tire el telón ó surjan vapores, la ilusión resulta de todos modos truncada. Pero los antiguos procedimientos son preferibles á la sinfonía silbante de vapores que se esparcen por dondequiera.

La obscuridad de la sala de espectáculo, en tanto que se representa, es mejor que una necesidad estética una fantasía del autor; la cantidad de luz que ganan la escena y los personajes es demasiado mínima para contrarrestar las molestias de los espectadores, y únicamente se comprende que esta innovación agrade á los empresarios porque disminuye los gastos.

La orquesta invisible, que puede producir cierto efecto en la primera escena de *El oro del Rhin*, es una pretensión ultra-ideal y superflua en toda ópera, sin exceptuar la de Wagner. La sonoridad de la orquesta, amenguada por esta innovación, basta para descartarla. La música invisible no se comprende sino en las iglesias, donde nada debe turbar la devoción y recogimiento de los fieles. Hay, en verdad, cierto número de obras de Beethoven y de Chopin que ganarían mucho ejecutándose por medio de una orquesta invisible; pero la obertura de *Tannhauser* perdería mucho si no se viera mover los brazos de los músicos en el trozo de los violines, al final de la pieza. El hecho de ver en una ópera cómo el director de orquesta esgrime su batuta ó cómo los músicos mueven los brazos, no es tan desagradable que valga la pena de sacrificarle los efectos musicales.

— Hasta aquí habéis discutido los procedimientos y los principios de Wagner; nada habéis hablado de su música propiamente dicha.

— La declaración del dogma de la infalibilidad del Papa ha hecho quizá daño á la religión católica. Si Wagner se hubiese limitado á componer, ejecutar ó publicar sus obras, sin comentarlas en opúsculos literarios, las habría visto alabadas ó deprimidas, queridas ó detestadas, como sucede á todos los compositores; pero cuando un hombre tiene la pretensión de ser el único poseedor de la verdad, eso necesariamente ha de atraerle protestas y resistencias. Verdad es que ha escrito muchas cosas notables; admiro, sobre todo, *Lohengrin*, *Los maestros cantores* y la obertura del *Faust*; pero su manía de establecer principios y de filosofar disminuye para mí en gran parte el mérito de sus creaciones. La falta de sencillez y de naturalidad que se nota en sus obras me las hace poco simpáticas. Todos sus personajes calzan coturno; declaman siempre, no hablan jamás. Son siempre dioses ó semidioses cuando menos; nunca simples mortales. Mucho sentimentalismo, nada de la batalla de la vida. Es el triunfo del alejandrino, hinchado y culterano. En su melodía hay lirismo, sin duda, pero nada más. Amplia siempre y noble, no sabe cambiar su paso: el encanto que dimana del ritmo y la diversidad nunca la animan, así como tampoco la variedad de la característica musical. Wagner no hubiera podido crear *Zerlina* ó *Leonora*. De su *Evchen* (pequeña Eva) de los *Maestros cantores*, sólo el diminutivo es tierno, la música carece de ternura. La melodía, el pensamiento musical, no dibujan nunca en sus obras un personaje; ese cuidado lo deja á las palabras. El leitmotiv caracteriza únicamente el exterior de un personaje, pero nunca describe su estado de ánimo. Y he aquí por qué, salvo algunas excepciones, sus obras tocadas en el piano y sin palabras no podrían comprenderse, en tanto que *Don Juan*, *Fidelio*, y *Freischütz*, tocadas en iguales condiciones, dan una idea casi completa de los caracteres y casi de la marcha de la obra. Su orquesta es una innovación; impone, pero á veces resulta monótona por los medios empleados. La medida y la diversidad de matices faltan en él — como en los demás compositores modernos, — porque escribe, desde el principio hasta el fin, con todos los colores reunidos de la paleta musical. Resumiendo: Wagner es un fenómeno interesante; pero considerado en su aspecto puramente musical y comparándolo á los grandes maestros antiguos, resulta para mí muy discutible.

— La voz del pueblo, sin embargo, le ha aclamado como un genio.

— Es que el público ha oído decir tantas veces que era incapaz de conocer un genio en vida, que ahora se apresura á proclamar genial á todo el mundo, á fin de que no se le pueda hacer en lo sucesivo el mismo reproche.

— Siendo así, ¿no debéis considerar que Wagner haya dado nueva vida á la ópera?

— Cada arte tiene condiciones de existencia particulares, exigencias y límites especiales; lo mismo sucede en cada rama de un mismo arte. Querer hacer de una ópera otra cosa distinta de una ópera, puede ser una tentativa curiosa, pero destruye necesaria-

mente el fin principal que persigue. Esta tentativa corresponde, en mi sentir, á la manía que tienen los pianistas «fin de siglo» de querer introducir á toda costa en el piano efectos de instrumentos de cuerda ó cobre con achaque de prolongar el sonido. Un *adagio* de Beethoven ó un nocturno de Chopin están escritos para piano, conforme al carácter y sonido del instrumento; querer transportar á esas obras otras sonoridades, es como si se policromaran estatuas de mármol blanco. Así, Wagner ha creado un nuevo género: el «drama musical»; pero ¿era esto una necesidad artística, y ha nacido viable su drama? Sólo el tiempo puede resolver la duda.»

ANTONIO RUBINSTEIN

## VIDAS PARALELAS

### I

— ¡Ya no hay quien baile!, decía el Dr. Antúnez en su *peña* del casino; el baile como espectáculo, el baile como arte ha muerto. La última bailarina que hubo en Madrid fué la Corsini. ¡Qué mujer aquélla, cuánta gracia en sus movimientos, qué cuerpo tan primorosamente formado para las gallardías de la danza! Esbelto, finísimo de líneas, vibrátil y escultural á un mismo tiempo, con ligereza de ave y plasticidad de estatua... ¡un portento, un prodigio, qué mujer aquélla!

Y el Dr. Antúnez, célebre especialista en enfermedades del corazón, viscera cuyas dolencias conocía perfectamente desde su borrascosa juventud, quedóse como en éxtasis contemplando entre las espirales de humo de su cigarro el aéreo cuerpo de la Corsini que ascendía por el aire con la tenue y azulada encarnación del recuerdo.

— ¡El baile ha muerto efectivamente!, exclamó con voz sonora el conocido *sportman* Julio Broca, porque su último representante, el último artista coreográfico que ha habido en Madrid, fué...

— ¡Un caballo!, interrumpió á coro toda la *peña* concedora de las manías hípicas de Broca.

— Un caballo, ustedes lo han dicho, prosiguió éste sin desconcertarse; el caballo anglo-árabe *Dantzer*, cuyas maravillosas habilidades aplaudí hace ya largos años en el circo. Sus finísimos remos se estremecían con la sensación de la música, y apenas la orquesta del circo saludaba preludiando un vals su aparición en la pista, aquel gallardo animalito, erguido la cabeza, brillantes los ojos, suelta y airosa la postura, se transfiguraba, se convertía en la encarnación alegre y juvenil de la danza. ¡Qué gracia en sus movimientos, qué gentileza en sus actitudes, qué admirable instinto de las armonías y de las elegancias del baile!

— ¿Y qué ha sido de la Corsini?, interrogó al doctor uno de los de la *peña*.

— ¡Dios lo sabe!, respondió Antúnez. Se casaría, llenándose de hijos, esos eternos enemigos de las líneas escultóricas y de los airosos batimanes.

— ¿Y del célebre *Dantzer*?, le preguntaron burlescamente á Broca.

— También he perdido su pista, respondió concisamente.

Y alguno arguyó que la historia de *Dantzer* podía Broca compendiarla en los dos malos versos siguientes:

Te vi bailar en la arenosa pista  
y te perdí con ella, ilustre artista.

— ¡Búrlense ustedes cuanto quieran, exclamó Broca; pero ninguno de ustedes siente el vals como lo sentía aquel animalito, y por algo se empieza!

### II

Pocos días después de esta conversación, el doctor Antúnez, fatigado de las diarias tareas de la consulta, disponíase ya á abandonar su despacho, cuando le anunciaron la visita de una nueva cliente.

Avanzó con cierta timidez la enferma hacia la mesa del famoso médico, y el doctor, señalándole un sillón, dejóse caer en el suyo, articulando en seguida las siguientes preguntas:

— Palpitaciones, ahogos, ¿no es eso? ¿Su edad de usted, señora?

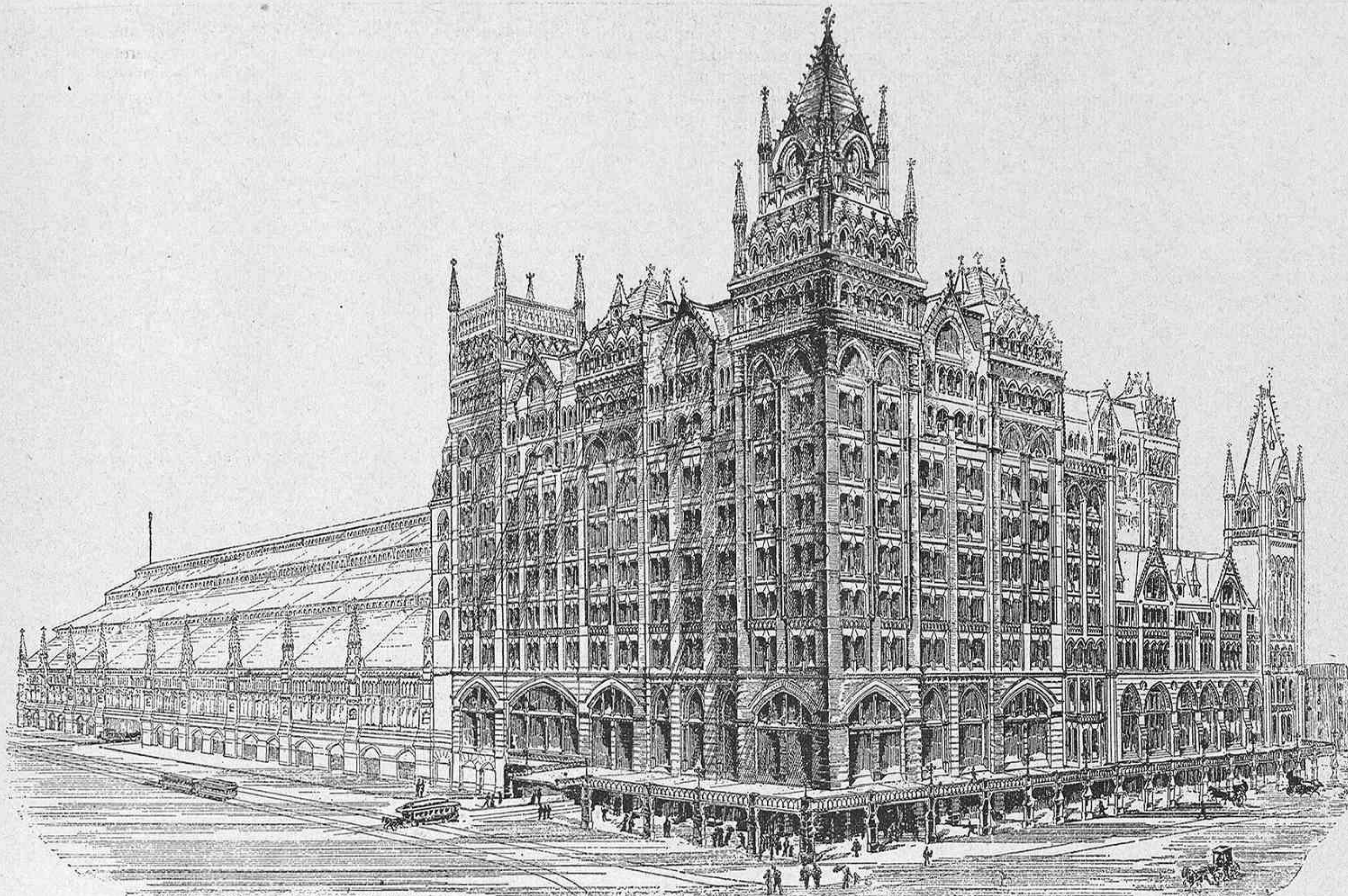
La enferma, después de un instante de vacilación, respondió con marcado acento extranjero:

— Cuarenta y dos años, señor; ¡pero he sufrido tanto!

Y efectivamente, en su rostro expresivo, de mujer bonita ajada por las tormentas de la vida, notábanse hondas huellas de continuos dolores y sobresaltos.

Contemplóla el doctor un instante y le pareció que la figura de la enferma renacía en su memoria, pero





ESTACIÓN EN FILADELFIA DEL CAMINO DE HIERRO DE PENNSYLVANIA

con vestidos muy sutiles y alegres, no aquellos negros y modestos que en realidad llevaba; mas como ya le había sucedido diversas veces imaginársele conocer personas á las cuales jamás había visto, juzgó que era una nueva jugarreta de su fantasía, y entornando los ojos dijo:

— ¿Sería usted tan amable que me refiriese los principales síntomas de su enfermedad, lo que usted haya observado, sus padecimientos en suma?

Y cerrando por completo los ojos, se dispuso á escuchar la respuesta.

Pero pasó un instante, y la espera se prolongó y la respuesta no llegaba; abrió por fin los párpados y notó que su muda cliente contemplaba con cara de asombro un retrato de mujer colocado en la biblioteca sobre un montón de libros.

— ¿Señora?, murmuró el doctor.

Y ella, señalando el retrato, dijo con trémula voz:

— ¡Soy yo!

— ¡La Corsini!, exclamó emocionado Antúnez.

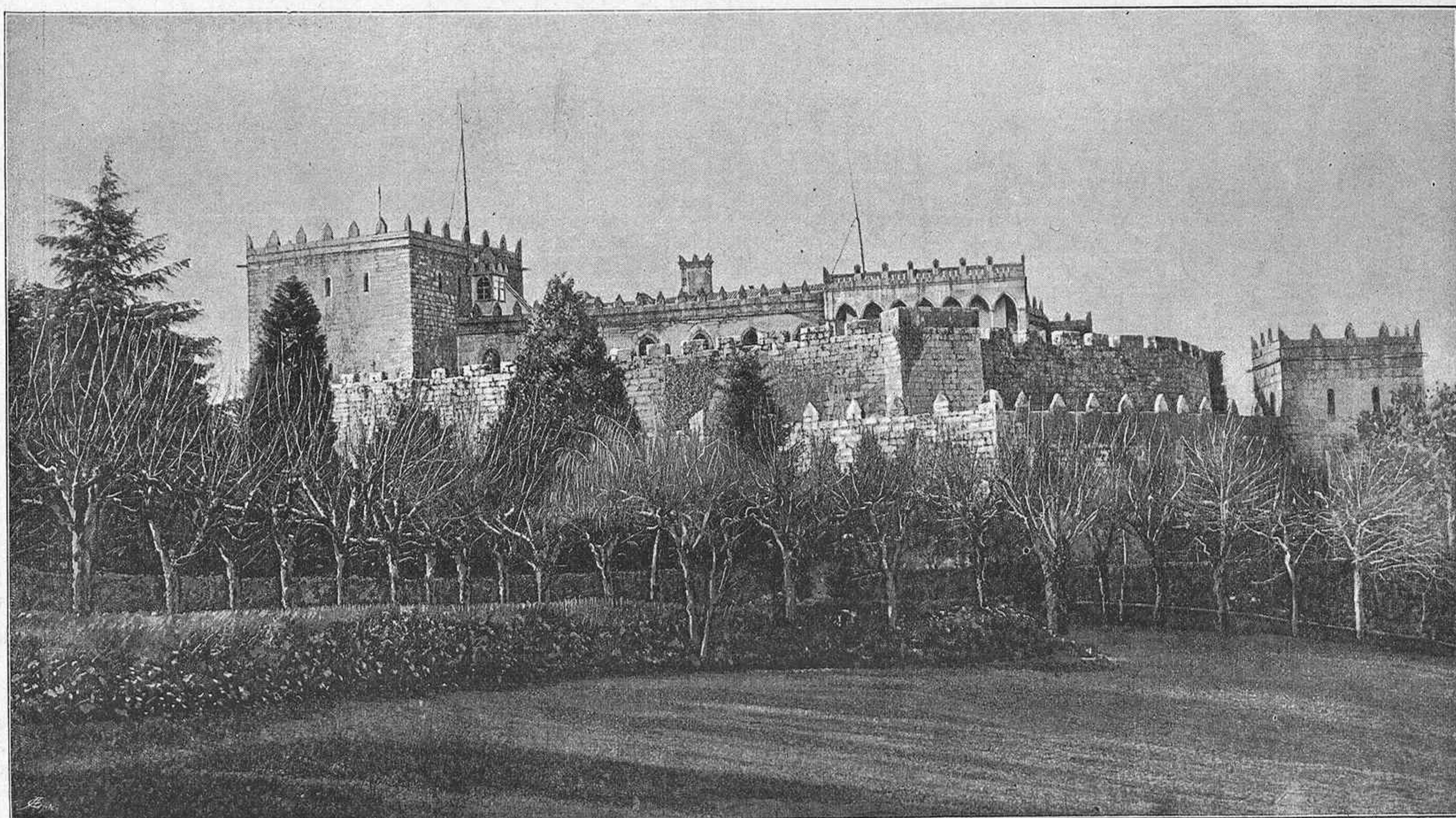
Y respondió la infeliz:

— ¡Cuánto he llorado desde entonces, Antonio!

El doctor acercóse á la enferma y preguntóle cariñosamente:

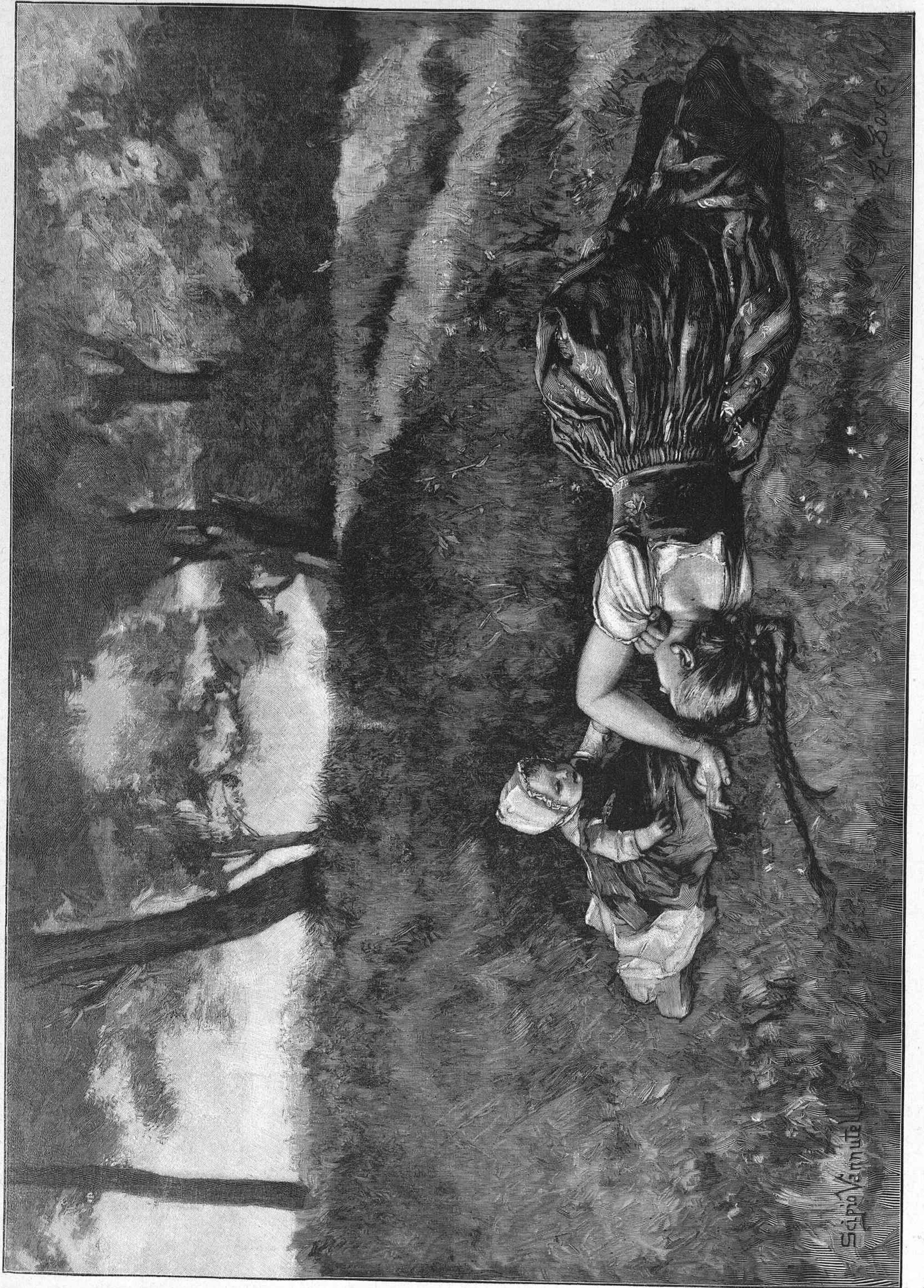
— ¿Conque eres tú, hija mía? ¡Y yo sin conocerte!

Asió las dos manos que la enferma le abandonaba, y ésta exclamó:



CASTILLO DE SOTOMAYOR (Pontevedra), propiedad del señor marqués de la Vega de Armijo (de fotografía de J. Prieto)





LAS DOS HERMANAS, cuadro de Escipión Vanutelli

Scipio Vermate





EL BAUTIZO cuadro de Jose Gallegos



— Yo tampoco te había reconocido. ¡Eramos tan felices..., soy tan desgraciada!, y copiosas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

— Cuéntame..., cuéntame...

La Corsini contuvo al fin su llanto y dijo:

— Me abandonaste en medio de mis triunfos: tus celos, las sonrisas que me era preciso distribuir entre mis adoradores, en fin, tú lo sabes, ¡fué un hermoso sueño! Recorrí después las principales ciudades en Europa, siendo en todas ellas codicia de los hombres y envidia de las mujeres; mi *camerino* estaba siempre atestado de flores, mi presencia en escena producía murmullos de admiración, y los periódicos me llamaban el hada del baile, el encanto de los sentidos, la cifra de la armonía, el asombro de los ojos. Después fuí á Venecia y me casé. Mi marido también pertenecía al arte, no al mío, sino al del canto; era barítono, buen mozo, voz pastosa, un calavera completo. Tuvimos varios hijos, yo seguía bailando, él por su parte no buscaba contratas; mi cuerpo empezó á deformarse y mis ojos á oscurecerse de tanto llorar... Fuimos á América, perdí dos hijos... El público no gustaba de mí..., los empresarios regateaban mis sueldos..., mi marido me abandonó. Vine á España contratada y en compañía de mi último hijo; he bailado, muerta ya, en todos los teatros de provincia, falleció también mi más querido hijo; caí en Madrid no sé cómo..., mis padecimientos del corazón se me agravaron y me dijeron que había en Madrid un doctor que los curaba, el Dr. Antúnez, no recordé tu apellido, tú acostumbas á llamarte sencillamente Antonio, y en un mísero simón que á la puerta me espera, sin alma, sin vida, sin esperanza... aquí me tienes; dime si puede haber desgracia más grande!

— ¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla!, murmuraba realmente emocionado el Dr. Antúnez, acariciando aquellas afiladas manos que fueron ¡ay! tan bellas; y después, procurando apartar la imaginación de la enferma de tan dolorosas realidades, le preguntó con las ansiosas alegrías del pasado en los ojos: ¿Te acuerdas, te acuerdas?

Sí, la Corsini se acordaba de todo, de todas las locuras, de todas las dulces intimidades, de todos los esplendores de su vida, de todo su cariño, de todos sus triunfos, de todo, de todo... y por obra de la varita mágica de sus recuerdos, su decadente cuerpo recobraba la gallardía de antaño, brillo sus ojos, su semblante color, su voz entonaciones juveniles. Las evocadas memorias le desceñían el modesto traje negro para rodearle de aéreas gasas y vestirse crujiente corpiño de blanca seda; entre sus grises cabellos saltaban esplendores de brillantes, y un aroma de flores le subía desde el pecho á los avivados sentidos. ¡Era aquello una embriaguez, un delirio, la resurrección de toda una vida!

Y sucedió que mientras la célebre bailarina y el afamado doctor recordaban de esta suerte encantos y triunfos de la juventud, rompió un organillo callejero, situado frente á la casa, en un diluvio de vivas y bulliciosas notas, las cuales formaban el preludio de un vals, esa marcha real de todas nuestras alegrías, y con el ritmo de aquella música el decadente cuerpo de la Corsini sentía el dulce hormigueo de las antiguas armonías, de los graciosos movimientos, de las artísticas actitudes.

Púsose de pie, y emocionada y temblorosa díjole al doctor:

— ¡Antonio, por Dios te lo pido, acompáñame al coche! Vendré otro día y hablaremos de mis males; hoy me es imposible, imposible.

Dióle el brazo Antúnez, llegaron á la escalera, el vals seguía sonando en la calle. Descendieron lentamente los peldaños, y una vez en el portal, no pudiendo contener por más tiempo su ansia de plástica belleza ni sofocar el recuerdo embriagador de sus triunfos, avivados por el encuentro del doctor y el sonido de la música callejera, dijo: «¿Te acuerdas?» é hizo una de sus piruetas más graciosas, más difíciles y más aplaudidas.

Después salió huyendo hacia el coche, pero ella y el doctor que la seguía hubieron de detenerse ante un grupo que les interceptaba el paso y del cual partían estentóreas carcajadas.

El muchacho del organillo se reía también como un loco, apresurando el ritmo de su música. La caja del coche que había traído á la Corsini sufría bruscas oscilaciones. El simón juraba como un condenado, la gente se reía á mandíbula batiente. ¿Qué ocurría?

¡Estaba bailando el caballo!

Sí: flaco, desmedrado, sucio, viejo, bailaba con la fe y el entusiasmo de un artista, haciendo crujir todos aquellos humildes y recompuestos arneses que nunca habían pensado que pudiera ser su ancianidad traqueteada de aquel modo.

Por fin soltó el manubrio el chico del organillo,

cesó la música y se paró sudoroso y jadeante el caballo. Montó en el coche la Corsini, y el simón, descargando una lluvia de palos sobre su bailarín jamelgo, hizo tomar á éste una vergonzante trote.

— ¡Es *Dantzer*, es *Dantzer!*, dijo al oído del asombrado doctor la voz de Broca; y Antúnez, refiriéndose á la Corsini, respondió:

— ¡Es ella! ¡Es ella!

Y mientras ambos amigos decían esto, se perdía á lo largo de la calle aquel archivo de pasados triunfos, aquel desvencijado *simón*, en el cual el último y afamado bailarín arrastraba lastimosamente á la última y célebre bailarina.

### III

— ¿Está usted triste, doctor?, preguntaron cierta tarde á Antúnez en su *peña* del casino.

— Sí, no puedo negarlo, y aun contaré el porqué. Hace dos meses estuvo en mi casa á consultarme una mujer que yo había querido mucho y admirado más, la Corsini. Padecía del corazón, y hallábase sin duda muy mal de intereses. Prometió volver por mi casa y no me dejó las señas de la suya; no volví..., la busqué inútilmente. Ayer me dijo el Dr. Suárez que hoy tenían una buena autopsia en su clínica: una mujer que había fallecido en el hospital víctima de una extraña afección cardíaca. Prometí asistir á la autopsia, he ido, y sobre el fino mármol de la mesa de disección he visto, desnudo, pálido, agarrado por la muerte aquel cuerpo lleno de gracia, de belleza vibrátil y escultural á un tiempo, con ligereza de ave y plasticidad de estatua, que admiré, que adoré... ¡Es horrible, es horrible! Los instrumentos de la disección se cebaron en él... ¡Repito que es horrible y espantoso!

— ¡Infame! ¡Infame!, exclamó en esto Broca, entrando en la sala del casino. ¡Sostengo que las corridas de toros son una fiesta infame! El tercer toro... no he visto más; el tercer toro... sale, mira, acomete, huyen los peones, encuentra un mísero caballo en su camino, se ceba en él. El cobarde picador se lo abandona. Cae el caballo infeliz arrojando caños de sangre por una espantosa herida. Era *Dantzer*, el célebre *Dantzer*, uno de los brutos más hermosos, más ágiles, más artistas que han nacido. Manotea, se desploma... ¡Es infame, verdaderamente infame!

La Corsini sobre una mesa de disección; *Dantzer* revolcándose en la ensangrentada arena de la plaza de toros... ¡Esos dos grandes triunfadores de la vida! ¡Gloria, no eres más que un nombre!

JOSÉ DE ROURE

### LA GUITARRA

Al encargarnos la redacción científica del artículo *Guitarra* con destino al *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, hubimos de allegar tal cúmulo de materiales, que su total inserción se hacía de todo punto imposible en las columnas de aquella obra, dado su índole esencial y característica; así es que, desde luego, nos propusimos no dar cabida allí sino á lo que más directamente se relacionara con la historia, estructura, práctica y tecnicismo de semejante instrumento, reservando para mejor ocasión el descender á otro orden de consideraciones, como lo hacemos ahora mediante el presente artículo, calcado sobre aquél y profusa y convenientemente ampliado.

La cuna de la *guitarra* se remonta á los tiempos primitivos; pues, concedido que es ella una derivación de la  *cítara*, con cuyo nombre tanto parecido guarda, basta recordar, como ya en el génesis se consigna (cap. IV), que Tubal fué padre de los que tañen  *cítara* y órgano; esto es, de los que tocan instrumentos de cuerda y de viento; lo que hizo decir al P. Kircher que éste es el primero de los instrumentos músicos conocidos. Los antiguos, que también le asignaron la denominación de *sistro*, lo usaban con frecuencia en las solemnidades de sus banquetes, según testimonio de Plutarco, Ateneo y los poetas de su tiempo; y, para que nada falte, la Fábula, que á todo le ha comunicado su soplo letal, refiere por pluma de Estrabón (libro VI) cómo existía en Jeracio (ciudad de Calabria) una estatua que representaba á cierto famoso citarista, llamado Eunomio, con una guitarra sobre su cabeza, en memoria de que hallándose éste tañendo un día con el músico Aristón, como viniera á romperse una cuerda á la lira de aquél, apareció de improviso á su lado una guitarra supliendo con su canto el sonido de la cuerda que había saltado. Otra estatua á ésta semejante se levantó en el templo de Delfos, con una inscripción que se puede ver en el libro IV de los *Epigramas griegos*.

Tan extraordinario suceso no puede menos de traernos á la memoria aquel cantar que dice:

Un lucero en la frente  
tiene mi burra:  
¡hasta los animales  
tienen fortuna!

Porque la verdad es, que eso de realzar el canto de la cigarra, se me antoja un escarnio parecido al del canto del cisne á la hora de su muerte; á no ser que las cigarras y los cisnes de antaño fueran de distinta naturaleza que los de hogaño, de lo cual no nos han dado hasta ahora cuenta los naturalistas, que yo sepa, tratándose de esos y otros avechuchos. Lo que yo creo es, y á eso me atengo, que encierra una gran verdad el epifonema de la copla enunciada, á saber: que, habiendo sido uno el mundo toda la vida de Dios, en que la suerte prevaleciera las más de las veces sobre los verdaderos merecimientos, muchos animales, siquiera bípedos é implumes, siquiera pertenecientes á la Entomología, ó ya á la Ornitología, han venido á hacer bueno el refrán que dice:

Fortuna te dé Dios, hijo;  
que el saber, poco te basta....

Pero volvamos á nuestro asunto, haciendo notar desde luego que tal vez no haya existido instrumento músico alguno que ostente más diferencia de nombres y de hechuras que el que ahora ocupa nuestra atención.

En efecto, sáltanos éste á la vista con las denominaciones de *laúd*, *bandolín*, *tiórba*, *bandurria*, *vihuela*, etc., derivaciones todas ellas de la primitiva *lira*, y para eso, haciendo ahora caso omiso de los nombres impuestos por otros países, tales como el *chelys* de los griegos, *calascione* de los napolitanos, la *guzla* de los morlacos, etc., y desentendiéndonos también de que se tañesen inmediatamente con la mano, ó mediante algún cuerpo extraño, como plectro, arco, etcétera, y por último, dejando á un lado el mayor ó menor número de cuerdas de que constara cada una de dichas especies.

Pero no podemos seguir adelante sin consignar aquí una sospecha que hace tiempo nos viene haciendo reconcomio, y es: que llamándose en la antigua lengua de los francos  *cítara* ó  *cítre* á este instrumento, y existiendo aún en su lengua actual la voz  *citronille* ( *cidra* ó  *calabaza*), y teniendo tanto el *laúd* antiguo como la  *guitarra* moderna una forma bastante asimilada á esa fruta rastrera de la familia de las cucurbitáceas, y escribiéndose en griego  *κιθάρα* y no  *κιτάρρα*, y en latín  *cithara* y no  *citara*, y en castellano antiguo  *cithara*, de igual manera que en términos de Horticultura conservamos  *cidra* y  *citrón*, ¿sería violento ó aventurado el defender que  *cítara* ó  *guitarra* proviene de la palabra  *cidra* ó  *calabaza*, mayormente si se tiene en cuenta que nuestra  *castañuela* debe su nombre á la  *castaña*, el  *calamillo* (por corrupción  *caramillo*) al  *calamus* ó caña de los latinos, y así de otros, todos ellos oriundos del reino vegetal?... Decida el más juicioso lector.

Sea como quiera, lo cierto es que en lo antiguo el *laúd*, de igual modo que sus demás congéneres, ostentaba la caja armónica á semejanza de una  *cidra* partida de arriba á abajo por la mitad, ó poco menos, presentando mucha mayor comba en la parte inferior del instrumento que hacia el nacimiento del mástil, á diferencia de lo que se verifica hoy, á saber: que el mismo hueco tiene dicha caja en sus dimensiones de longitud y latitud, uniéndose su *fondo*, ó séase la tapa inferior ó trasera, á la superior ó delantera por medio de dos tiras delgadas de madera (convenientemente arqueadas para semejar una calabaza de las de forma de pera), á las cuales unidas se da el nombre de  *aro*. Así modelada la caja sonora, en cuya tapa superior ó  *tabla armónica* se abre un agujero de grandes proporciones para mejor efecto de la resonancia (1) (y la cual tapa suele ser hecha de pinabete), enhiéstase por la parte semicircular más pequeña un mango ó mástil afianzado á dicha caja por medio de una especie de tarugo en forma de caballete, que se conoce con el nombre de  *zoque*, y el cual remata en una pieza de figura de ataúd, algo inclinada hacia atrás, llamada  *cabeza* ó  *clavijero* por colocarse allí las clavijas que ponen en mayor ó menor tensión las cuerdas, las cuales, á fin de no correrse de uno á otro lado y para poder mantenerse al aire, pasan por unas canalitas practicadas en la  *ceja*, que es una tira de marfil ú otra materia, fija horizontalmente entre la inflexión que hace la  *cabeza* con el  *mástil*, y terminan fuertemente asidas á otro listón mayor, colocado en la parte baja de la tapa, al que se da el nombre de  *puente*. Si á esto se agrega el que los so-

(1) Algunos suelen llamar  *rosa* á esta perforación circular, por los adornos, pinturas ó incrustaciones que suele ostentar su circunferencia.



nidos de cada cuerda van subiendo por semitonos á medida que van bajando los dedos de la mano izquierda por el mango, de casilla en casilla ó de grado en grado, científicamente divididos éstos é incrustados en el mástil por medio de unos filetes, comúnmente de latón ó de marfil, llamados *trastes*; que para refuerzo de la tapa se atraviesa en ésta por la parte de adentro un listón de madera, á que se da el nombre de *barra armónica*; que de las seis *cuerdas* hoy en uso, tres, las más delgadas, son de tripa, y de entorchado las restantes, por otro nombre *bordones*; y últimamente, que con el objeto de hacer subir por igual la entonación de toda la *encordadura*, se apela á una pieza suelta ó independiente, llamada en italiano *capotasto*, y por nosotros *cejilla* ó *cejuela*, tendremos ya la descripción exacta, si quiera algo larga, de lo que constituye la estructura de la *guitarra*.

El número de cuerdas que tuvo ésta en un principio fué el de cuatro, habiéndole agregado la 5.<sup>a</sup> el célebre rondeño Vicente Espinel á fines del siglo xvi, sin que sepamos á punto fijo quién le añadió la 6.<sup>a</sup>, ni cuándo ni dónde; lo que sí podemos asegurar es que al terminar el siglo xviii, sólo se usaba en Italia la de cinco cuerdas, como de ello certifica Moretti en el prólogo de sus *Principios para tocar la guitarra de seis órdenes* (Madrid, imp. de Sancha, 1799), y que muchos años antes el célebre religioso cisterciense, organista en su convento de Madrid, fray Miguel García, comúnmente conocido con el nombre de *Padre Basilio*, le añadió la 7.<sup>a</sup> cuerda á este instrumento, que pulsaba primorosamente, habiendo introducido en él el *punteado*, puesto que antes sólo se tañía *rasgueándolo*, y tenido la honra de ser maestro de la reina María Luisa, esposa de Carlos IV, y la de haber contado entre sus innumerables y distinguidos discípulos á todo un Dionisio Aguado.

Hubo un tiempo en que era práctica casi general entre nosotros el emplear las cuerdas dobles unísonas en cada orden; hoy se ha hecho bastante raro semejante uso, habiendo que dado reducida á seis cuerdas sencillas la armadura de la guitarra, para mayor comodidad del ejecutante, y en vista de que de algunos años á esta parte se ha dado en reducir algo las tres dimensiones de la *caja sonora*. A nuestro juicio, pase semejante reducción, mientras no sea exagerada, en cuanto á la longitud y latitud; pero no podemos estar conformes con la escasa profundidad ó notable achatamiento que se presta hoy por hoy á la *guitarra* llamada *flamenca*, pues si bien comprendemos la diferencia que va de un *guitarrón* á un *guitarro* ó *triple*, tampoco se nos oculta cuánto pierde en sonoridad una *guitarra* á la que por medio de tal procedimiento, se llega á privarla de los escasos recursos ó elementos sonoros con que naturalmente cuenta.

Y no hay que hacerse ilusiones: escasos son ellos á la verdad, para que todavía se venga á amenguarlos. Notorio es á todo el mundo que genios tan privilegiados como Sors, Aguado, Huerta, Arcas, Cano, y unos cuantos más han conseguido sacar á la *guita-*

*rra* de su modesta posición de instrumento de mero acompañamiento, para elevarla al rango de instrumento de concierto; pero de una parte esos son astros que brillan un día para no volver á aparecer en el horizonte del arte, y de otra á la bondad de sus respectivos instrumentos se debe no pequeña porción de las maravillas con que entusiasmaran al auditorio y de los

ciaban femeniles blancas manos, para volver á ser tratada, ya por los mozos del pueblo en sus bailes, francachelas ó serenatas, ora por los rapistas, ó bien por los pordioseros lisiados de uno ú otro miembro corporal; en una palabra, como quiera que *cuanto mayor es la subida, tanto mayor es la descendida*, de ahí que después de haberse emancipado de la clase

vulgar la *guitarra* para elevarse á la aristocrática, trocando su naturaleza subalterna de mero acompañante por la sublime esfera de concertista, vuelve de nuevo á su primitivo ser y estado, para hacer bueno el dicho de Covarrubias Orozco, cuando prorrumpía en las siguientes sentidas quejas, á principios del siglo xvii, por medio de las páginas de su *Tesoro de la lengua castellana ó española*, artículo *vihuela*: «Este instrumento ha sido hasta nuestros tiempos muy estimado, y ha habido excelentísimos músicos; pero después que se inventaron las *guitarras*, son muy pocos los que se dan al estudio de la vihuela. Ha sido una gran pérdida, porque en ella se ponía todo género de música punteada, y ahora la *guitarra* no es más que un *cencerro* tan fácil de tañer, especialmente en lo *rasgado*, que no hay mozo de caballos que no sea *músico de guitarra*.»

Y si esto ocurre actualmente en España, país clásico, por no decir originario, de la *guitarra* tal cual hoy se usa, con mucho mayor motivo en las demás naciones adonde fué importada desde nuestro suelo. En efecto, la escuela de *guitarra* llegó á alcanzar subidísimo punto de perfección, hasta hace pocos años, en Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, merced á la buena semilla que allí esparcieron los Carulli, Carcassi, y nuestros distinguidos profesores ya citados, en unión de varios otros que no es posible reducir á guarismo. ¿Qué más? No hace mucho se daba al orbe entero un espectáculo sin precedente en los anales músicos, con ocasión de abrirse un concurso en Bruselas (1856) por Mr. Makaroff, destinado á premiar, mediante la galantería de aquel notable guitarrista ruso, las dos mejores *guitarras* y las dos mejores composiciones musicales para este instrumento que se presentasen á dicho acto. Mas como quiera que no basta el buen deseo si no va acompañado del acierto, habiendo faltado éste en cuanto á los términos concretos en la redacción para la composición

de las piezas, así como tocante al corto plazo para la construcción de los instrumentos, de ahí que nuestro nombre no pudo por menos de quedar postergado en tan solemne como nunca vista ocasión, cuando debiera haber figurado al frente de las naciones todas, tratándose de la *guitarra* y de sus tocadores. Sea de ello lo que quiera, la verdad es que merece loa la conducta observada por el Sr. de Makaroff, si quiera por haber ideado y llevado á cabo, siendo extranjero, un tributo de galante desprendimiento hacia un instrumento esencialmente español, lo cual á ningún español, en corporación ni en particular, se le había ocurrido jamás.

Insistiendo aquí más y más sobre el apogeo á que se elevó la *guitarra* á fines del siglo pasado y la ma-



BAYARDO EN EL MOMENTO DE RECIBIR SU PRIMERA ESPADA, estatua en bronce de Pedro Rambaud

lauros que éste les prodigara. Prívese, si no, al uno del empleo enérgico de los *armónicos*; retírese al otro el uso del *tripódison* (1); en suma, póngase en manos de todos ó de cualquiera de esos genios un *guitarri-llorillo* común y vulgar, y dígasenos después los milagros que han hecho, en medio de toda su destreza, habilidad y fuerza de sentimiento... Hoy puede decirse que, así como *al cabo de los años mil torna el agua á su cubil*, de igual manera la *guitarra* va quedando poco á poco desterrada de las salas donde la acari-

(1) Mecanismo inventado por D. Dionisio Aguado en el año de 1826. Viene á ser una especie de tripode apto para sostener y fijar la *guitarra* con el objeto de comunicar mayor sonoridad al instrumento y dejar al propio tiempo más libertad de acción al *guitarrista*.





LA NODRIZA Y LA INFANTA, copia del célebre cuadro de Francisco Hals, existente en el museo de Berlín





UN CONCIERTO, cuadro de Román Ribera.



yor parte del nuestro, aseguramos que se haría repetidas cruces el ya citado Covarrabias si hubiera resucitado pocos años ha, ó cuando menos leído la página siguiente, que transcribimos con toda fidelidad de un autor moderno:

«Este instrumento, tan despreciado de los músicos, es una orquesta en miniatura. Verdad es que sus débiles sonidos, la poca energía que la caracterizan, no son de calidad que puedan producir sensaciones muy vivas, en especial en una época en que los compositores introducirían, si fuese posible, el trueno, la explosión del cañón y todo lo más ruidoso de la naturaleza. La *guitarra*, madre del *violín*, hija del *laúd* de nuestros abuelos y de la *lira* griega, es fácil de montar y de construir. Todo hombre dotado de una organización musical puede sacar de ella acordes y servirse de sus sonidos sin que maestro alguno se lo indique. Si aspiráis á los aplausos de numerosos oyentes, necesitáis de un instrumento más sonoro, de una extensión más vasta, pero para el solitario tiene la guitarra un encanto indefinible. Ella vibra en el pecho del hombre; toda entera le pertenece; los dedos del músico pulsan las cuerdas sin la intervención de un cuerpo extraño. En general, cuanto más inmediato es el contacto del instrumento con el que lo toca, más sensibilidad y poder tienen los acentos que emanan de él. La *gaita* ó *cornamusa* entre los instrumentos de viento y el *bandolín* entre los instrumentos de cuerda no tienen ninguna expresión; en la primera, el viento que sale de la boca recorre un espacio más largo y dilatado, y en el segundo se oye un desagradable *pizzicato* y un timbre chillón y desapacible, porque no son los dedos los que hacen vibrar las cuerdas, sino un pedazo de pluma ó de ballena que las hiere. Por el contrario, el *arpa*, el *violín*, la *flauta* y otros instrumentos de viento cuyos sonidos se encuentran en los dedos, corresponden á las sensaciones del alma é inspiran conmociones que se identifican con el hombre que las produce.

»La *guitarra*, expresiva como aquellos instrumentos y colocada como ellos bajo la inmediata inspiración del hombre, tiene suspiros, lamentos, acentos de alegría, de triunfo, de amor, de orgullo, de todo lo cual está privado el *piano*. Estos acentos son débiles sin duda; fáltales la fuerza y el ruido, y por lo mismo no será en un vasto teatro donde conoceréis el precio y el mérito de sus sonidos y la dulzura de sus arpeggios y de sus acordes. Semejante á las miniaturas, se han de conocer de cerca los encantos del arte.

»Para que los sonidos de una *guitarra* produzcan un buen efecto es menester una cierta elección de circunstancias y ciertas localidades escogidas. Una velada de otoño, una oscura gruta de un jardín, un aposento poco alumbrado y un silencio profundo, son escenas propias para que los sonidos de una *guitarra* produzcan en los oyentes una dulce melancolía. Entonces, acompañando á una hermosa voz, fina y ajustada con las delicadas cuerdas medias, con el bajo de los sonoros bordones, con su casi imperceptible dulzura, os conmueve, os alegra, os entristece, os arrebatada y os penetra hasta el alma. Entonces, de esta máquina sencilla, de este instrumento mal apreciado salen, no tan sólo sonidos melódicos, sino también acentos heroicos, marchas guerreras, himnos religiosos, tristes endechas, rondós rústicos y alegres, en fin, toda una música y una completa armonía, aunque en una escala diminuta. No olvidaremos nunca una escena que presenciáramos en medio del mar. Era una noche del mes de junio. Brillaba la luna con todo esplendor, reflejando su luz sobre las ondas en calma de este elemento, y todo convidaba á un religioso recogimiento. En esta situación, sentado un marinero con la guitarra en la mano al pie del palo mayor, nos dejó oír unas modulaciones tan agradables que nos embelesó; pero subió de punto nuestro embeleso cuando, después de un agradable prelude, cantó con una afinada voz de barítono unas canciones marítimas tan lastimeras que nos hizo casi llorar, y luego otras andaluzas que inspiraban contento. La *guitarra* se prestó á estos géneros con una propiedad tal, que demostró bien que sus sonidos se adherían á todas las modificaciones de la expresión.

»El poder de la *guitarra* se demuestra también en varios lances históricos. Durante la guerra con Portugal, un soldado de á caballo, enviado á un reconocimiento, sorprendió al centinela enemigo en el momento que, fastidiado sin duda, templaba una *guitarra*. El soldado de á caballo que vió que el centinela no podía salir con ello, se la pidió, la afinó y se la devolvió, diciendo: «Ahora ya está templada.» Ciertamente que un instrumento tan pequeño, que tiene tal poder sobre las almas, debe tener algún secreto encanto. También nos hablan los historiadores de un ejército portugués que, obligado á batirse en retirada, dejó sobre el campo de batalla once mil *guitarras*.

»El culto de la *guitarra* desde su invención nunca

se ha perdido, y probablemente sobrevivirá sin alteración á tantos instrumentos modernos como se han inventado.»

El tiempo se encargará de resolver este problema. A la circunstancia de haber tomado este instrumento carta de naturaleza en varios países, se debe el que ostente diversas denominaciones y hechuras, según hemos indicado anteriormente; en su consecuencia, daremos aquí una relación de las más comunes y conocidas.

Una de las especies más notables es, pues, la *lir-guitarra*, imitación hecha en Francia, á fines del siglo pasado de la *lira* de los griegos, muy apreciada por su forma elegante y poética, pero que no tardó en ser abandonada por causa de lo sordo y débil de su resonancia, como si no lo fuera ya en extremo la de la *guitarra* ordinaria.

La *guitarra de amor* fué inventada en Viena por el fabricante Stauer en el año de 1823. Es de tamaño algo mayor que el común, con la tapa del fondo bastante combada, y está armada de siete cuerdas. Sus sonidos agudos recuerdan en cierto modo los del *oboe*, y los graves, los del *clarinete bajo* ó *cornó di bassetto*; por manera que, al oírse tocar este instrumento sin verlo, cualquiera que no lo conociera creería que se estaba tocando un *armonio*. La *escala cromática* de igual modo que las *escalas dobles en terceras* se prestan á ser ejecutadas en este suave instrumento con toda facilidad y precisión.

La antigua *guitarra alemana* ó *tudesca*, por otro nombre *sistro*, constaba primitivamente de sólo cuatro cuerdas, y su *cuerpo* ó caja era de forma oval. Con el tiempo llegó á contener hasta ocho, y hoy viene á ser muy parecida á la nuestra.

Poseen los indios desde tiempo inmemorial un instrumento al que dan el nombre de *tambura* ó *tampura*, y equivale á la *guitarra* ó *bandurria* en su forma más natural y simplificada, á saber: una *caja sonora* formada de la corteza de una cidra hueca y bien desecada, con una sección hecha de alto á abajo en las dos terceras partes de su grosor, y sustituida la otra tercera parte eliminada por una *tabla armónica*, sumamente delgada, hecha de madera muy lisa. El *mango* es bastante más largo que los nuestros y carece de *trastes*. Hállase montado de cuatro *cuerdas*, y á veces de tres, siendo la más grave de todas ellas de cobre y las restantes de acero, y dando aquélla la *tónica*, y éstas la *cuarta*, la *octava* y la *oncenava*. Cuando solamente consta de tres *cuerdas*, la *prima* es la suprimida.

Mucho parecido guarda con el instrumento acabado de citar, si ya no es que sea el mismo, uno que inserta Bonanni en su *Descrizione dell'Istromenti armonici d'ogni genere* (2.<sup>a</sup> edición, Roma, 1776, página 120, núm. 57) bajo la denominación de *dambura* entre los turcos, y de *calascione* entre los italianos, y del cual dice que está montado de dos ó tres *cuerdas*, las cuales, como son extremadamente largas y muy reducida la *caja* del instrumento, producen un sonido harto roncó y desagradable. Pero lo chistoso del caso es que en la lámina alusiva á la susodicha explicación (lámina que se dice allí ser copiada de un libro impreso en París y dibujada en Constantinopla por orden de un tal M. Ferrajol, embajador de Francia en la Puerta otomana) se le pintan cinco *cuerdas* al instrumento cuestionado, con sus correspondientes cinco *clavijas*, por si quedaba alguna duda respecto del particular, con lo cual dicho se está que se destruyen mutuamente la práctica y la teoría. Como de éstos no faltan por desgracia ejemplos en los anales de la Historia musical de las naciones todas, antiguas cuanto modernas, en que la diversidad de nombres, hechuras, naturalezas y maneras de ser tocados y los distintos juicios de los escritores arrojan de sí tal obscuridad y confusión, que basta y sobra para sacar de sus casillas al hombre más cachazudo ó volver loco al más cuerdo. Por eso, lo que le cumple al historiador músico es irse con pies de plomo en eso de aceptar como bueno el relato de cualquiera otro historiador extraño á la ciencia que tiene por objeto escudriñar las causas que contribuyen á conmover por medio de los sonidos diversamente combinados entre sí, ó el de aquel que, aun cuando práctico en el arte, no conozca debidamente aquella parte de la arqueología que le ayude á reconstituir el gran edificio de la *Historia musical*, mediante los elementos dispersos que saltan por doquiera en torno suyo; y, por supuesto, que quien dice historiador, dice igualmente pintor ó estatuario, muchos de los cuales han incurrido en anacronismos que, tan lejos de ser un salvoconducto para esclarecer la Historia, sólo sirven para embrollarla: no en balde reza un refrán que *el papel todo lo aguanta*.

Viniendo ya á la manera de ejecutarse la música escrita con destino á la *guitarra* actualmente usada por la generalidad de los países cultos, diremos que

se suele afinar de la forma siguiente, no sin hacer constar antes que los sonidos así escritos



representan una octava abajo de como se figuran, ó sea:



Su extensión abraza tres y media octavas, si bien los últimos sonidos sólo puede producirlos una mano hábil y diestra.

El acabar de decir que se suele afinar en los términos allí indicados, presupone que se puede templar de otra manera. Así es, en efecto; pues hay ocasiones en que, á fin de ensanchar los límites del instrumento, ó ya para producir ciertos efectos de novedad facilitando al propio tiempo los medios al ejecutante, se apela al recurso de alterar semejante combinación de intervalos, á la cual operación, que se manifiesta al principio de la pieza escrita, se da el nombre italiano de *scordatura*. Ya se deja entender que para el ejecutante de mera afición que pulsa este instrumento sin poseer la teoría musical, y que cuando más, toca por cifra, todo cuanto aquí va dicho es como si se hubiera escrito en lengua chinesca.

No diremos nada tampoco acerca del continente y posición de las manos por parte del ejecutante, pues no escribimos aquí un *método de guitarra*; pero sí haremos constar, por fin y remate de este nuestro trabajo, que como el instrumento que promueve el presente artículo tiene sus arpeggios particulares, y por lo tanto, en nada á ninguno otro parecidos y que su digitación es en ocasiones bastante complicada, se necesita que el que componga para este instrumento lo sepa tocar juntamente, pues de lo contrario se expondría á escribir en el papel lo que el instrumento á que nos referimos se negaría á reflejar por inejecutable, dadas las condiciones esenciales de su mecanismo.

JOSÉ MARÍA SBARBI

## LOS REYES MAGOS

### INCOHERENCIAS

#### I

Luce en el cielo la brillante estrella parpadeando como un ojo que tuviera por pupila una pepita de oro. Tres reyes de Oriente, á cual más poderoso, guiados por su luz deslumbrante atraviesan en sendos camellos caminos y montañas, cañadas y valles; aquella estrella les ha de guiar al establo de Belén en donde vino al mundo el Hijo de Dios, según el relato de humildísimos pastores. Fuerza, pues, es honrar al prometido Mesías, al pronosticado por el glorioso evangelista. Oro, mirra é incienso llévanle como presentes. Es lo más rico y lo más hermoso que pudo en sus dominios encontrarse. El oro, que deslumbra con sus amarillos fulgores; la mirra y el incienso, que esparcen en torno penetrantes y ricos perfumes... Llegan al santo portal, echan pie á tierra é hincan en el suelo sus rodillas en señal de adoración al Rey de los reyes.

¡Hermoso espectáculo! Tres poderosos de la tierra doblando la cerviz y rindiendo acatamiento á un pobre niño que tiritaba de frío, desnudo sobre un montón de paja, arrullado por los vientos y por las tempestades que rugen allá afuera.

#### II

Diez y nueve siglos más tarde, en la villa que es á la vez corte de las Españas, nótase en callejuelas y plazas extraordinario movimiento. El pueblo corre afanoso á esperar á los Santos Reyes. Próxima está la media noche, y fuerza es ir á aguardarlos á las afueras, á las tristes llanuras que riega con su escaso caudal el Manzanares...

Corren atropellados hombres y mujeres á la escasa luz de los faroles del alumbrado público. Parecen más que seres humanos furias escapadas de algún antro, según lo obscuro de sus contornos, lo atropellado de su carrera y el ruido ensordecedor que alzan, batiendo con desmesurada fuerza y á guisa de parche maltrechas y sucias latas de petróleo. Aguadores, cocheros, mozos de cordel, lavanderas, maritornes, hem-



bras del partido, todo revuelto, todo confundido, todo amalgamado en una negra y monstruosa ola humana. Vense en lo alto destacarse las siluetas de escaleras de mano con sus atravesados peldaños. Llegados que son á las afueras los alborotadores, hacen

pañado de hasta media docena de mozos; apenas llega la noche y en amigable comitiva recorren las casas de la aldea cantando que se las pelan éstos y aquél arrancando al fuelle de la gaita sus monótonas y dulces armonías.

vase quedando dormida con la más inefable de las sonrisas en sus labios y en el pensamiento la mañana del nuevo y anhelado día.

Entre los hierros del saliente balcón ó en la repisa de la ventana ha dejado su zapato diminuto, micros-



EL GRAN FESTIVAL MAHOMETANO DE LA BUCKRA-EDE Ó BAQR-I-ID (FIESTA DE LA VACA) EN EL NAINI-TAL, EN LAS PROVINCIAS DEL NOROESTE DE LA INDIA  
Grupo de mahometanos

subir al más alto peldaño al más bobo ó al más simple de los que en la comitiva forman, á fin de que desde allí, y á la luz de una antorcha de embetunado cáñamo, aceche la llegada de los Reyes. Cae en la burda estratagema el rival del de Coria, y cuando está en lo más alto de la escalera, dejan caer ésta al suelo en medio de infernal estrépito y espantosa gritería que hacen insoportable las carcajadas estridentes y los porrazos en las latas de petróleo, carcajadas y porrazos cuyos ecos lleva el viento helado de las noches madrileñas hasta los agudos picos del Guadarrama coronados de nieve.

La mano detrás de la oreja, como para mejor llevar el compás de la canción, lanzan los mozos delante de las puertas de las más garridas aldeanas canciones no exentas de picardía y de malicia, en las cuales es cosa frecuentemente acostumbrada mezclar á los Reyes Magos. Suele suceder que sean invitados por el *petrucio* de la casa á remojar el gznate con sendos tragos del vinillo de la tierra, que deja en el paladar un saborcete entre dulzón y amargo. Pero también es frecuente que termine la fiesta con *unha de paus* y corra la sangre á raudales, terminando en drama lo que comenzó en picaresca y regocijada comedia.

cópico, para que aquella noche los Magos, cuando montados en sus camellos de larguiruchas patas y arqueado lomo penetren en la ciudad, depositen en él el consabido regalito que, por fútil é inocente que él sea, es para la chiquilla de valor inapreciable por ser presente nada menos que de tan empingorotados reyes.

Durante la noche parece la sonrisa como estereotipada en sus labios; sus sueños son de rosa y nácar; en ellos figuran en no pequeña porción ángeles, nubes, rayos de sol y músicas del cielo.

Cuando la mañana asoma, muy lejos aún, ya la diligente pequenuela está en pie, y sigilosamente, sin



EL GRAN FESTIVAL MAHOMETANO DE LA BUCKRA-EDE Ó BAQR-I-ID (FIESTA DE LA VACA) EN EL NAINI-TAL, EN LAS PROVINCIAS DEL NOROESTE DE LA INDIA  
Grupo de mahometanos haciendo oración

III

Entretanto, en los campos gallegos celébrase la fiesta anual, la fiesta de los *reises*, en algo semejante á los *villancicos* de Nochebuena. El gaitero sale acom-

IV

Y en el tranquilo hogar, la madre amorosa arrebujá confortablemente entre las sábanas del lecho á la hija de su amor, y ésta, de manera insensible y lenta,

despertar á sus padres, apretando contra el pecho con sus manecitas la blanca camisilla, marcha al balcón ó á la ventana, quedo, muy quedo, y descalza, sin sentir el frío que baña sus carnes de amorado color, recoge el zapato donde la vigilancia del padre



ó el amor de la madre depositaron en la noche anterior cualquier fruslería, y ante la sorpresa, la niña corre a despertar a sus padres para mostrarles el presente que ella encuentra verdaderamente regio y digno de tan ilustres y egregios transeuntes.

Y corriendo de este modo, menuda y ligera, por la casa, con saltos de golondrina más bien que con pasos humanos, abrigada sólo por la blanca y casi transparente camisa que el aire de la mañana hace flotar alrededor de su cuerpo, parecese á un ángel escapado de una tabla de Rubens ó de un fresco de Sanzio.

MANUEL AMOR MEILÁN

## MISCELANEA

**Bellas Artes.**—La Galería de Pinturas de Berlín ha adquirido una *Madonna* de Alberto Durero, que pintó éste durante su permanencia en Venecia, 1506, y que actualmente poseía un aficionado escocés.

—La Asociación de Canto de Breslau, que dirige el maestro Bohn, ha dado un concierto histórico que ha sido una especie de revista del desenvolvimiento de la música vocal humorística de los cuatro últimos siglos.

**Barcelona.**—La sección de Bellas Artes del Ateneo Barcelonés nombró en su última junta una comisión de nueve individuos de su seno para que, en unión del presidente y secretario, estudien y propongan á la aprobación de la junta directiva el proyecto de una manifestación que se acordó previamente celebrar á fin de contribuir á la vida activa de la asociación, cumpliendo así con los propósitos consignados en sus estatutos. Es cuasi seguro, pues, que en la próxima primavera se organizará por los socios una Exposición de carácter artístico general, verificándose simultáneamente conferencias adecuadas á este objeto y conciertos en los que se den á conocer piezas escogidas de nuestros maestros del Renacimiento. Trátase de decorar el local convenientemente á fin de que el conjunto contribuya á prestar mayores atractivos á tal manifestación que de fijo resultará digna de nuestro Ateneo.

—Es probable que antes de verificarse la clausura de la Exposición de Industrias Artísticas puedan en ella admirarse unas puertas de metal repujado que con destino á la iglesia de Comillas y por encargo del marqués de este nombre ha proyectado y dirigido su ejecución el distinguido arquitecto Luis Doménech. Es obra notabilísima que, al honrar á su autor, honra también á los artífices que la han realizado, contribuyendo con una soberbia muestra al renacimiento de nuestras artes aplicadas al metal.

«Salón París.»—Notable por varios conceptos es un cuadro expuesto esta semana por el joven artista Sr. Coll, representando á una señora enlutada que, acompañada de su hija, contempla el retrato de su difunto esposo en el estudio de un pintor, el cual cuadro podrán apreciar los lectores de LA ILUSTRACIÓN en uno de los próximos números.

Bien concebida la escena y de ejecución sobria y jugosa la pintura, tal vez ganara algo ese cuadro sacrificando un tanto la figura del pintor. Así y todo, es una obra que impresiona profundamente por el sentimiento de que se halla impregnada, cualidad no muy común en nuestros artistas, preocupados en general por las habilidades de ejecución y las minucias y triquinuelas del oficio. Reciba, pues, un sincero y caluroso aplauso el autor, de quien son también otras telas expuestas, que reúnen excelentes cualidades.

Constituyen la novedad de esta semana, con la obra citada, unos paisajes de Julio Borrell, un pastel de Carlos Pellicer y un cuadro con que un autor anónimo contesta al que se expusiera semanas atrás y que era una sátira pictórica contra los cuadros de historia. Ese último intenta ridiculizar el realismo con la pintura artificiosamente infantil de un *Belén* con todos sus accesorios. Idealistas ó realistas, ninguno se exime de pagar su tributo á la verdad, sin la que el arte no se produce.

El 15 del mes actual se inaugurará la Exposición extraordinaria que todos los años se celebra en ese local y que promete esta vez, por las noticias adquiridas, revestir verdadera importancia.

**Teatros.**—En el Liceo de Nueva York se ha estrenado con éxito extraordinario la obra de Sardou *Americanos en Europa*, que el famoso dramaturgo francés escribió expresamente para que se estrenase en América.

**París.**—Se han estrenado con buen éxito: en Varietés una comedia en tres actos, de Brisson y Carré, *La Souricière*, que ha hecho las delicias del público por la gracia con que está escrita y la abundancia de chistes y situaciones cómicas que contiene, y en Folies Dramatiques una opereta en tres actos, letra de Ferrer y música de Varney, *Miss Robinson*, puesta con tal lujo que los periódicos parisienses dicen ser el espectáculo más grandioso y con más propiedad puesto en escena en París hasta el presente. El Cercle des Ecoliers ha dado una representación única del hermoso drama de Ibsen *La dama del mar*.

**Madrid.**—En el Real, la representación de *Lohengrin* ha valido una ovación al maestro Mancinelli; en el propio coliseo han comenzado los preparativos para poner en escena *Los maestros cantores*, de Wagner, que se estrenará á principios de febrero, estando encargados de los principales papeles las señoras Tetrizzini y Pagnoni y los Sres. De Marchi, Giannini, Menotti, Baldelli y Rapp. En la Comedia ha logrado gran aplauso el juguete cómico en tres actos de los Sres. Pina y Domínguez y Granés *El boticario de Navalcarnero*. En Lara ha sido muy aplaudido el juguete cómico en dos actos *La ministra*, de don Constantino Gil.

**Barcelona.**—En el Liceo la representación de *Otello*, de Verdi, ha tenido gran éxito, habiendo valido un nuevo triunfo al maestro Mugnone y entusiastas aplausos á la señora Bendazzi y á los Sres. Cardinali y Blanchart; la *Linda de Chamounix* ha valido aplausos al maestro Mugnone, á la señora Boronat y al Sr. Cotogni. En el Principal se ha estrenado con aplauso *El día memorable*, drama de espectáculo en cinco actos de los señores Sales y González Llanas, adaptación á la escena española de la obra de Sardou *Patric*; la acción es interesante y constituye una durísima censura de la invasión francesa de 1808, los personajes están bien definidos y la obra está muy bien escrita y ha sido presentada con mucha propiedad y representada con gran acierto por la compañía que dirigen los Sres. Calvo y Jiménez. En el Eldorado ha sido aplaudida la zarzuela en un ac-

to *La salamanquina*, letra de los Sres. Perrín y Palacios y música del maestro Marqués. En el Circo Barcelonés actúa con buen éxito la compañía infantil que dirige D. Juan Bosch, poniendo en escena las más aplaudidas zarzuelas del moderno repertorio. Con motivo de las funciones del día de Inocentes se estrenaron con muy buen éxito en Romea y Novedades respectivamente una pieza de D. Emilio Vilanova, *Oriental ó los moros contrapuntats* y la leyenda dramática (?) de D. Enrique Moragas *Lo baró de Carassona ó las ansias del amor*.

**Necrología.**—Han fallecido recientemente: El Excmo. Sr. D. Luis Prendergast y Gordon, marqués de la Victoria de las Tunas, teniente general del ejército español, presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, ex gobernador y capitán general de la isla de Cuba.

José Delin, notable pintor retratista belga.

A. Fet, cuyo verdadero nombre era Afanass y Afanasjéwitsch Schenschin, famoso poeta lírico ruso que también se ha distinguido por sus traducciones de Horacio y Juvenal.

Jorge Hachette, uno de los jefes de la conocida casa editorial de París.

Juan Emilio Lemoine, uno de los más famosos publicistas franceses contemporáneos, antiguo redactor de *Le Journal des Débats*, miembro de la Academia Francesa y senador vitalicio.

Simeón Luce, distinguido historiador francés, autor de una *Historia de Juana de Arco*, en la que se consignan muchos datos nuevos é interesantes sobre la doncella de Domremy.

Eugenio Wiitmeyer, escritor y periodista alemán, antiguo colaborador de la *Illustrirte Zeitung*, de Leipzig.

Nowossilski, almirante ruso y ayudante del emperador, uno de los más antiguos y famosos oficiales de la marina rusa: se distinguió en la guerra contra Turquía (1829) y en la de Crimea.

Bogdan Glasenapp, almirante ruso y ayudante del tsar, ex gobernador de Arcángel y hasta 1871 comandante en jefe de todos los puertos y de la marina del mar Negro.

Enrique Mosler, pintor retratista y de historia de Dusseldorf, que fué durante algún tiempo profesor de la Academia de Bellas Artes y de la Escuela de Industrias artísticas de Leipzig.

## NUESTROS GRABADOS

**Un gitano de pura raza, dibujo de J. García Ramos.**—El gitano podrá ser de buena raza, pero el hábil dibujante que ha sabido representarlo ha tiempo que viene demostrando que es también un verdadero artista, genuinamente meridional, feliz é inteligente intérprete de los tipos, cuadros y costumbres de la región andaluza. García Ramos es, quizá, entre los artistas andaluces, quien ha logrado reproducir con mayor acierto todo cuanto le rodea, cuanto bulle y se agita en la región en que vive, á cuya circunstancia debe, sin duda alguna, que se le considere como artista observador, determinadamente regional. Nuestros lectores han podido admirar los bellísimos cuadros que hemos publicado, todos ellos recuerdo brillante de aquel privilegiado país en donde todo sonríe, en donde la naturaleza rebosa vida, produciendo flores y frutos, y los hombres la viveza de su fogosa y fantástica imaginación.

**Labor difícil, cuadro de H. W. Schmidt.**—Tratándose de asuntos rurales, la sencillez no sólo es plausible sino que, en nuestro sentir, es uno de los elementos que mejor cuadran á las obras artísticas. Expresar la naturaleza tal cual es, sin postizos que la desfiguren, será siempre un mérito no pequeño en el artista, ya que lo más difícil en materia de arte es la perfecta reproducción del natural. Por esto encontramos poderosos atractivos en el cuadro del pintor alemán Schmidt: en él no nos asombran esos grandes efectos de composición ó de entonación que de momento subyugan, pero tampoco vemos esos artificios con los cuales suelen la fantasía falsear el sentimiento y los recursos vulgares suplir los verdaderos conocimientos técnicos.

**San Juan de Arena (Asturias), cuadro de Cecilio Plá.**—Ya hemos tenido el gusto de dar á conocer á nuestros lectores algunas notables obras de este discreto artista, aprovechado discípulo de Emilio Sala y del malogrado Plasencia, por cual motivo consideramos ocioso repetir lo que ya hemos dicho al ocuparnos de otras de sus producciones. Nos limitaremos, pues, á consignar que el bonito cuadro que publicamos reproduce una escena de pesca en San Juan de Arena, recuerdo de su última excursión artística á Asturias que, adquirido por el señor conde de Valdelagrana, forma hoy parte de la valiosa colección que en su palacio de Madrid posee este prócer y aficionado.

**Un discípulo aprovechado, cuadro de Manuel Ramírez.**—Este grupo tan bellamente representado por el Sr. Ramírez y al que sirve de fondo una decoración hermosa y hábilmente ejecutada, es en extremo interesante: esa joven dando lección de lectura á un faldero constituye un rasgo humorístico que el artista ha sabido exteriorizar con notable acierto, añadiendo á las excelencias plásticas de la figura un soplo de vida que no á todos es dado infundir en sus obras; y en cuanto al discípulo aprovechado, no cabe mayor expresión que la que su semblante revela; hay tanta inteligencia en su mirada, tanta gravedad en su actitud, que á pocos como á ese perro podría aplicarse lo del gitano del cuento que ponderando lo que valía el asno que tenía á la venta decía al comprador: «Como leer... ¡vaya si lee! Lo que es que no *premunica*.»

**Estación en Filadelfia del camino de hierro de Pensylvania.**—A pesar de ser proverbial la grandiosidad de las construcciones norteamericanas, no deja de asombrarnos cada nueva muestra que contemplamos de tan atrevida arquitectura. Tal sucede con la estación que reproducimos y acerca de la cual son ociosas las explicaciones, pues á la vista está lo que aquella fábrica colosal debe ser: únicamente diremos que la parte alta de la estación (que sólo es para pasajeros) contendrá 200 oficinas, que la galería cubierta es de 307 pies de largo y tendrá en su centro una elevación de 140; que el arco principal tiene 294 pies de expansión y llega á una altura de 104 y medio; que entran en su construcción 3.000 toneladas de hierro y una cantidad proporcional de ladrillos y cristales, y que la galería cubierta será la más grande del mundo, con lo cual creemos que está dicho todo.

**Castillo de Sotomayor (Pontevedra), propiedad del señor marqués de la Vega de Armijo (de fotografía de F. Prieto).**—El antiguo castillo del marqués de Mos, en Sotoma-

yor, propiedad hoy del señor marqués de la Vega de Armijo, es una magnífica y suntuosa residencia señorial, inteligentemente restaurado y conservado por su ilustrado propietario, quien ha logrado acomodar, sin menoscabo de la fábrica, exigencias del *comfort* moderno.

El castillo de Mos es un perfecto y acabado tipo que de las construcciones del feudalismo consérvanse en España, y célebre en los fastos de nuestra historia, no sólo por los hechos de sus señores, sino también por los acontecimientos que en él tuvieron lugar, especialmente en la época en que rigió el señorío el célebre D. Pedro Alvarez, tan conocido por el sobrenombre de *Pedro Madruga*, partidario decidido de la causa de la Beltraneja.

**Las dos hermanas, cuadro de Escipión Vanutelli.**—Vanutelli, el célebre pintor italiano autor del inspirado cuadro *La primera comunión* que publicamos en el número 440 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos ofrece en el que hoy reproducimos un hermoso idilio lleno de dulce encanto: *Las dos hermanas* es de aquellos lienzos cuyo asunto más que para explicado es para sentido; es de aquellas obras que aunque por sus bellezas técnicas recrean los ojos, donde más directamente impresionan es en el corazón. Los recursos de que para ello echa mano el artista no pueden ser más sencillos, y sin embargo, el efecto con ellos conseguido llega al alma. ¡Cuán cierto es que en las bellas artes el saber sentir es quizá el principal elemento para saber expresar!

**El bautizo, cuadro de José Gallegos.**—En distintas ocasiones nos hemos ocupado del elogio que se merece de este insigne pintor que tan eminente lugar ocupa entre los artistas españoles, y recientemente en el número 555 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA apuntamos en artículo especial las cualidades salientes que distinguen al autor de *El bautizo*. No hemos, pues, de repetir lo que otras veces dijimos ni tampoco de señalar las bellezas del cuadro que hoy reproducimos, bellezas que á la vista saltan y que prueban una vez más cuánto es el talento de Gallegos para resucitar en cuadros llenos de vida y de color local y de época las escenas de costumbres de nuestros antepasados.

**Bayardo en el momento de recibir su primera espada, estatua de Pedro Rambaud.**—Esta obra escultórica, que llamó con justicia la atención en el Salón de París de 1890, nos da una perfecta idea del caballero sin miedo y sin tacha en aquel período de su vida en que la posesión de las armas necesarias para el torneo constituía la ambición suprema del que más tarde había de asombrar al mundo con sus hazañas. La figura de M. Rambaud revela nobleza, alientos, aspiraciones elevadas, y desde el punto de vista plástico es elegante y vigorosa de líneas y de bien entendidas proporciones.

**La nodriza y la infanta, cuadro de Francisco Hals.**—En el número 556 de este periódico dimos algunas noticias acerca del ilustre pintor holandés del siglo XVI con justicia llamado el Velázquez flamenco: el cuadro que en el presente reproducimos y que se cuenta entre las joyas del museo de Berlín no necesita ser alabado, pues por sí solo se alaba, y basta contemplar esas dos admirables figuras para comprender que ni es posible mayor verdad en pintura ni dentro de la verdad mayor riqueza de detalles artísticos.

**Un concierto, cuadro de Román Ribera.**—Un nuevo cuadro acaba de producir Román Ribera, el portaestandarte de la pintura de género en nuestra región, adquirido por un inteligente coleccionista y destinado, como todos los suyos, á llamar la atención y despertar el interés de los aficionados.

En un ángulo de una suntuosa estancia flamenca, en la que brillan y resaltan los esculturales muebles, tapices y cristales, destacan las figuras de cinco músicos, cuyos trajes determinan delicados y bien entendidos contrastes por los suaves tonos de las telas, cuya calidad ha sabido interpretar el artista con su reconocida maestría. En el centro del grupo y recibiendo los amortiguados rayos de luz que penetran á través de una vidriera de múltiples y variados colores, hállase una hermosa cantora, en cuyo rostro de simpática expresión se refleja la blancura del papel de música que en sus manos sostiene y los dorados tonos de su amarillo corpiño de raso. Tal es el cuadro y tal el asunto; y si bien es verdad que acostumbrados nos tenía Ribera á admirar sus empeños de colorista, confesamos sin rebozo que su *Concierto* nos embelesa y cautiva.

**El gran festival mahometano de la Buckra-Ede en Naini-Tal.**—Nuestros dos grabados representan otras tantas escenas del gran festival mahometano conocido en las Indias occidentales con los nombres de Buckra-Ede ó Baqr-Id (fiesta de la vaca), que es idéntica que la Id-ul-Azha que los árabes celebran el décimo día del Zul Hijja, y que constituye la última ceremonia de las peregrinaciones á la Meca. El origen de esta fiesta arranca, según los mahometanos, del sacrificio de Abraham, á quienes algunos comentaristas musulmanes consideran como fundador de la religión de Mahoma, y para la celebración de la misma el pueblo se reúne á orar en la Idghah, regresando luego cada uno á su casa, en donde el padre de familia pronunciando las palabras «En el nombre del gran dios,» sacrifica un carnero, una vaca ó un camello, de cuya carne se hacen tres partes, dos para la familia y una para los pobres.

**Proyecto de casa de gobierno de la provincia de Salta (República Argentina).**—Este edificio, proyectado por el arquitecto Sr. Fontanarossa estará situado en el gran Boulevard de Salta con frente á la plaza Principal y contendrá las oficinas del gobierno local, de la Cámara de diputados, de la policía, los juzgados de paz, la alcaldía y el cuartel de bomberos; ocupará un área de 5.000 metros cuadrados y tendrá en su fachada principal 60 metros de largo, siendo su altura de 33. En la cúpula se halla dispuesta la barra del salón de sesiones de la Cámara, que será de 12 metros de ancho por 20 de largo. El coste total del edificio será de 435.000 pesos.

**La Virgen y el Niño, cuadro de Murillo.**—El inmortal pintor sevillano supo como ningún otro dar forma á las divinas figuras de la Virgen y de su Hijo; hay en todas sus Madonas y en todos sus Niños algo tan ideal, tan extraterreno, que nadie al contemplarlos puede sustraerse á esa impresión honda, especial, que producen en el creyente los misterios religiosos y sobre todo aquel por el cual la Virgen María fué madre del Redentor. Si necesitara confirmación lo que decimos, tendríamos plena en el cuadro que como suplemento artístico reproducimos y cuyas excepcionales bellezas no es preciso encañecer porque se sienten más que se explican.





La baronesa de Ancel tomó la mano de la joven

## CARGO DE CONCIENCIA

POR JUANA MAIRET, CON PRECIOSAS ILUSTRACIONES DE A. MOREAU

### I

Tres mujeres, de pie en la gradería del castillo, cruzaban palabras de despedida, la cual se prolongaba más de lo regular porque á cada una de ellas le quedaba siempre por decir la última palabra.

— Puesto que ha venido usted á pie, querida señora, la acompañaré hasta la extremidad del parque. ¿Vienes tú también, tía?

— ¡Caracoles!.. Recorrer kilómetro y medio con este calor... Muchas gracias. Bien se ve que solamente pesas unos sesenta kilogramos y que conservas tus piernas de los diez y seis años.

— Sí, con algunos más encima, dijo la joven sonriendo.

— Predíquela usted moral, baronesa, y será obra pía. Tal vez la escuche; pero yo he agotado mis argumentos; y por otra parte, nunca toma por lo serio lo que yo digo. ¿Por qué será?

— Porque eres más joven que yo, tía Aurelia, y porque ya desde pequeña tomaste la costumbre de reírte de todo.

— Por temor de tener que llorar de todo, como dijo el otro.

— ¿Sobre qué debo predicarla, señora Despois?, preguntó la baronesa sonriendo, mientras daba la mano por última vez á la mujercita regordeta y vivaracha que respondía al nombre de Aurelia Despois.

— ¡Pues sobre el matrimonio! No tiene sentido común que una hermosa y amable joven como esa se burle del matrimonio. ¡Ah! No se casa una siempre por su gusto... Ya sé yo algo de esto... y ha hecho bien en prolongar el estado de soltera un poco más allá de los límites ordinarios; pero en fin, es preciso llegar á ello; es un deber patriótico, cívico y qué sé yo qué más... Esto debería enseñarse en los libros sobre moral republicana para uso de las jóvenes; es como si dijéramos el servicio femenino obligatorio.

— Eso es lo que yo le predicaré; y aunque no lo haga tal vez desde el punto



de vista cívico y republicano, no por eso dejará de ser mejor y más atendible el sermón.

El alegre sol de junio, algo ardiente aquel día, prestaba animación al antiguo castillo, imponente mole de piedra gris, flanqueado por dos enormes torres con estrechas y largas troneras. Aquel castillo, asentado en lo alto de la colina, tomaba con frecuencia un aspecto severo, con su fachada desnuda y sus ventanas irregulares de pequeños vidrios; pero nada resiste á la marcha del sol, y la baronesa, dirigiendo una última mirada que abarcó la habitación, el jardín escasamente provisto de flores, la inmensa extensión del bosque alrededor y por último la vista maravillosa del mar en lontananza, exclamó:

— ¡Cuánto amo esa soledad, querida Marta!

Marta Levasseur sonrió y repuso tranquilamente:

— Sólo aquí soy feliz, y se me podría tomar por una salvaje. Adoro mis bosques, el aroma del tallar, el rumor de las hojas secas que crujen bajo mis pies...; todo esto me persigue en mi vida de sociedad. Los tres meses de París, que de una manera tan ridícula parecen insuficientes á mi tía, son para mí un período de destierro. La pobre mujer no comprende nada; no sabe que, cuando paso las horas en medio de mis árboles, no estoy sola nunca; que las ramas me conocen ya; que las avechillas trinan para mí; que el cielo, visto á través del follaje, es más hermoso que la bóveda libre por muy radiante que se muestre. He aquí lo que yo soy para la vida ordinaria de las mujeres, y vea usted ahora cómo estaré dispuesta á escuchar los consejos de la tía Aurelia...

— Y sin embargo, hija mía...

— Sí, es verdad, interrumpió Marta sonriendo. Usted ha prometido hacerme un sermón en tres puntos.

La baronesa de Ancel se detuvo un instante en medio de la avenida por donde avanzaban; su rostro, un poco flaco y huesoso, se iluminó con una adorable sonrisa de bondad, que le devolvió un instante su belleza, y bajo el cabello gris sus ojos brillaron.

— ¡Ah!, repuso, no es un sermón lo que trato de hacer á usted, Marta; yo no sé decir sino aquello que sube del corazón á los labios, y bien sabe usted que la quiero para hija y que la amaré mucho, casi tanto como á mi único hijo...

La joven, muy conmovida, abrazó á la anciana, pero sin contestar.

Muy pronto, á través de los árboles que cubrían toda la colina divisóse el mar; el castillo quedaba oculto ahora en su nido de follaje; el sendero torcía bruscamente á la derecha y después seguía á lo lejos la costa, que á veces, sin embargo, gracias á un súbito recodo, desaparecía para aparecer de nuevo.

En todo ese maravilloso país normando, en los alrededores de Honfleur, no hay tal vez paseo comparable con aquella avenida: los pies de las dos mujeres hollaban un musgo espeso y elástico; el bosque se extendía á derecha é izquierda, inculdo y salvaje, sembrado aquí y allá por espinos blancos y agavanzos en flor, y á la izquierda el espacio inmenso del mar, brillando bajo los rayos del sol, presentaba todos los tintes, desde el blanco gris hasta el azul casi negro.

Después divisaron la desembocadura del Sena, tan vasta é imponente, que el Havre parecía una ligera línea negra dominada por sus dos faros. Algunas bandadas de gaviotas y la humareda que despedía la chimenea de un vapor eran las únicas cosas que animaban aquella inmensidad. Este espectáculo producía en el ánimo una impresión casi solemne de lo infinito, del silencio, del horizonte perdido en lontananza y confundiendo con el cielo.

— Sentémonos aquí un momento, si usted gusta, dijo Marta.

En aquel sitio, el talud tenía la altura apetecible para sentarse; los grandes árboles que poblaban la parte alta de la colina habían sido reemplazados en aquel rincón de la finca por una plantación de pinos, que despedían un fuerte y agradable aroma resinoso bajo la influencia de los ardientes rayos del sol, y á través de un boquete veíase admirablemente el mar, que muy azulado aquel día, prolongábase por la caprichosa línea de las largas playas de dorada arena.

El silencio absoluto de aquella agradable soledad no era interrumpido más que por el zumbido de los insectos ó el rápido vuelo de una bandada de pajarillos que habían cesado en sus cantos; solamente dos mirlos se contestaban á lo lejos.

La baronesa de Ancel tomó la mano de la joven y conservóla entre las suyas; y como Marta levantase los ojos, vió en ellos lágrimas.

— No era mi ánimo contristar á usted, querida Marta, le dijo.

— ¡Ah, señora, usted no me contrista!... Es que en este sitio mismo, hace más de veinte años, vi llorar á mi madre; yo era muy pequeña entonces, y no podía comprender, pero sollocé en sus brazos al verla tan triste. Más tarde supe la causa de ello. Nunca percibo este olor de los pinos cuando el sol brilla, ni veo la curva de la playa sin recordar la escena de aquel día y sin decirme que el matrimonio, cuando la mujer es la única que ama, es lo más triste y angustioso que darse pueda...

— Pues qué, ¿no hay acaso más que malos matrimonios? ¿Tan pronto pierde usted las ilusiones?

— ¡Oh, hay tantos!... Yo tengo veintiséis años, y he conocido ya más de una amiga desgraciada que, sin embargo, pensaba ser dichosa.

— Pues yo cuento sesenta, querida Marta, y tengo más fe que usted en este punto; he conocido la dicha completa y la he visto á mi alrededor. Además he observado otra cosa, y es que con frecuencia la mujer rige su propio destino, y que la felicidad, comprometida un instante, se puede recobrar y conservar. No digo esto por su pobre madre, á quien mucho quise, pues para ella se produjo una de esas fatalidades terribles que rara vez ocurren. Su esposo estuvo como hechizado.

— Sí, abandonó á mamá y ésta murió de pesadumbre, mientras él vivió feliz uniéndose después con la mujer que adoraba; fué marido y padre... y me olvidó á mí.

— Quiso que fuera usted á vivir en su compañía; pero respetó las últimas voluntades de su esposa, que deseó confiar á usted á su hermana, y sin embargo le profesaba á usted mucho cariño.

— Sí, pero desde lejos. No crea usted, señora, que soy dura de corazón, pues hace largo tiempo perdoné un abandono que por lo menos me preservó de un contacto odioso; pero hubiera querido abrazar á mi pobre padre antes de su muerte. Ahora todo eso está muy lejos y casi borrado de la memoria; soy libre de gobernar á mi antojo y de ser feliz á mi manera, lo cual ya es mucho.

— Pues entonces... ¿deberé renunciar á mis esperanzas? No soy más que una vieja soñadora... ¡Si usted supiese cuántos castillos en el aire he levantado para alojar en ellos á mis dos hijos!... Yo me decía: Roberto es un muchacho muy formal, muy trabajador, un corazón de oro que sabrá apreciar las raras cualida-

des de mi vecinita; á los dos les agradan el campo, los largos días de estudio, las veladas de familia; ella se apasionará por sus libros, y él la ayudará; será una unión de las inteligencias y de los corazones: son dignos uno de otro. Todo conspira á unirlos, todas las conveniencias de edad, fortuna y familia: nada falta.

— Y precisamente porque todas las conveniencias se reúnen es probable que ese matrimonio no se verifique. Hemos crecido juntos, y Roberto no vió nunca en mí más que una compañera, una especie de hermana.

— Y sin embargo, según esas cartas, parecíame que este invierno, durante el cual se han visto ustedes tanto, la mutua simpatía tomaba un carácter más tierno y que la idea de ese matrimonio tan deseado ya no la intimidaba á usted. Ahora veo que Roberto, lo mismo que su madre, se ha forjado ilusiones.

Marta permaneció algunos instantes silenciosa, muy absorta y conmovida; mas al fin miró á su anciana amiga, y á ésta le sorprendió la expresión dolorosa de los ojos sombríos de la joven.

— Escúcheme usted y comprendame, dijo Marta; hablaré claramente, dejándole leer hasta el fondo de mi corazón. Mi sueño dorado, aquel que en secreto acaricié desde la infancia, sería tener por esposo á Roberto y ser hija de usted; pero él no me ama; y no equivoque usted el sentido de mis palabras. Algunas veces cree amarme, pues me profesa un afecto profundo y también un verdadero cariño; él quisiera unirse conmigo, y cree de buena fe que sería feliz por este matrimonio; pero se engaña; segura estoy de ello. Si yo me caso, quiero ser adorada de mi esposo, y sin esto no quiero matrimonio, porque me inspiraría horror y moriría. Ahora bien: soy incapaz de infundir la pasión que ¡ay de mí! me siento dispuesta á sentir. ¿Por qué? Me falta algo, un encanto, un atractivo, un no sé qué, suficiente en muchas mujeres más feas que yo para hacerse amar; y crea usted que esto me hace sufrir mucho. No quiero decir, sin embargo, que no me hayan hecho la corte, porque soy bastante rica é inteligente y estoy bien educada para que más de uno haya pensado en mí; pero las madres son las que principalmente me han cortejado.

— Como yo...

— ¡Ah, usted!.. ¡Si supiera cuánto desearía decir desde luego que sí y arrojarme en sus brazos llorando de alegría!

— ¿Quiere decir que le ama usted?

— Tal vez...; pero me inerrrogo, y pareceme que cuando se ama de veras no se ha de preguntar, porque se sabe. ¿Quiere usted que hagamos un pacto? Roberto vendrá á pasar el verano en su casa; somos vecinos y amigos íntimos desde hace largo tiempo; yo comunicaré un poco más de animación á nuestra vida y hasta pienso convidar á varios amigos, y con esto habrá ocasiones naturales de encontrarnos sin que á nadie pueda extrañar. Antes del otoño Roberto y yo sabremos á qué atenernos.

— ¿Podré decírselo?

— Si usted lo desea puede hacerlo; pero ha de entenderse bien que los dos seremos libres, completamente libres para decirnos á la primera duda, con toda lealtad y franqueza: «No te amo como se debe amar.» Conozco á Roberto, y sé que es digno de la confianza que en él tengo. Lo mismo que yo, dirá: «Cualquier cosa menos un casamiento que no haya de ser una unión absoluta y perfecta.» Y sobre todo, advierta usted que el secreto ha de quedar entre nosotros tres. Usted no dirá nada á mi tía, porque se juzgaría tan dichosa, tan inmensamente feliz, que me trastornaría; y como me conozco muy bien, sé que acabaría por echarlo todo á perder.

— Entonces, hija mía, seré discreta como la tumba; mas espero... espero...

Las dos mujeres habían continuado su marcha, y al dar la vuelta á un recodo de la misma avenida encontraron al cartero.

— ¿Tiene usted algo para mí, Sr. Duval?

— Sí, señorita, y ya que la encuentro voy á dar á usted sus cartas; así podré bajar por la granja, acortando mucho el camino.

— Eso es, y diga usted á Fernanda que le dé un buen vaso de sidra.

— Gracias, gracias, señorita. Servidor de usted.

Así diciendo, Duval descendió ligeramente por un angosto sendero que conducía á una de las granjas de la finca.

Marta miró las cartas y guardólas en su bolsillo.

— ¿No las lee usted?, preguntó la baronesa.

— ¡Oh! Sobrado tiempo tengo. Son cartas de amigas del colegio. Es singular que las muchachas y las mujeres jóvenes tengan poco más ó menos el mismo carácter de letra, inclinada, regular y sin expresión, por decirlo así. Aquí tengo tres cartas, y á menos de examinarlas de cerca, no me será posible decir cuál es de Lucía, de María ó de Julia. ¡Calla! Si las invitase á las tres, con los padres de las unas y el esposo de la otra... Así tendríamos una sociedad joven y alegre: Roberto se encargaría de buscar los caballeros.

La baronesa y Marta llegaban ya á la gran barrera blanca que separa en aquel punto el parque de una senda que conduce al camino real desde Honfleur á Trouville. La baronesa estaba allí casi en su casa, y abrazó á Marta más tiernamente aún que de costumbre, pareciéndole que esto era casi una especie de toma de posesión de sus funciones de suegra. Involuntariamente Marta se irguió un poco, cual si recobrar de improviso su carácter indómito.

Para entrar en el castillo Marta tomó otro camino más agreste y pedregoso, no tan agradable como la musgosa avenida; era muy empinado y conducía á la cumbre de la colina: á los tallares de pequeños árboles, llenos de arbustos, y las rocas caldeadas por el sol, donde las mariposas revoloteaban, sucedió muy pronto el bosque con sus árboles magníficos, cuyas ramas se entrelazaban, produciendo una densa sombra. El camino, convirtiéndose en sendero, debía conducir á la joven castellana al punto más alto de la propiedad, dominado por una gran cruz de piedra. En aquel sitio habían cortado los árboles para que se pudiese disfrutar súbitamente de una vista más admirable, no solamente del mar, sino de todo el país que se extendía alrededor. En aquel magnífico día el panorama era sublime.

Marta fué á sentarse en una especie de escalón que había al pie de la cruz; echóse el sombrero hacia atrás, y aspirando con fuerza el aire embalsamado, comenzó á meditar, contemplando á lo lejos el mar estriado ahora por grandes rayas sombrías.

¿Se lo había dicho todo, absolutamente todo á su anciana amiga? No sin cierta inquietud sondeó la profundidad de su corazón, y después, poco á poco, sin que tratara de explicarse por qué, una inmensa alegría, una dulzura inefable, una sensación casi de triunfo llenó todo su ser, y exclamó en alta voz: «¡Amo, Dios mío, qué felicidad! ¡Amo con todo mi corazón y con todas mis fuerzas!..»

Marta no pensaba en volver á su casa, ni echó de ver que el aire había refres-



cado un poco. Los días de junio son deliciosamente largos, y la comida del castillo bien hubiera podido llamarse cena. La joven, que gustaba de permanecer largas horas en el campo, se estremeció al oír á lo lejos el sonido de la primera campanada. ¿Tanto tiempo había soñado? Levantóse al punto, y acordándose entonces de las cartas de París volvió á sentarse para leerlas, pensando que de todos modos llegaría antes de tocarse la segunda campanada.

Cogió sus dos cartas, y desde luego le llamó la atención una de ellas. El carácter de letra, bastante parecido al de las otras, inglés ordinario, no le era familiar; y buscando en sus recuerdos, como cuando nos habla una persona á quien no reconocemos al pronto, miró de nuevo aquella escritura, el sello de París, la forma del sobre, y después su vacilación pueril la hizo sonreír, y abriendo la misiva leyó:

«Hermana mía: Puedo llamarle así porque es usted mi hermana. Sabrá que al morir nuestro padre encontré una fotografía de la que no se desprendía nunca; la cogí y le he cobrado mucho cariño: representa una niña con grandes ojos de expresión grave; una de esas niñas que no rompen sus muñecas, y que cuando encuentran un gorrión que cayó del nido le recogen, le guardan y le domestican tiernamente. Yo soy también un pajarillo que cayó del nido antes de que las alas le crecieran; estoy completamente sola en el mundo, y en mi triste situación me vuelvo hacia usted para decirle: admítame á su lado, hermana mía; ámeme, que yo también la quiero mucho, á pesar de que jamás la he visto á usted.

»Hace más de un año que mi madre murió. Tengo un tutor á quien aborrezco y para quien soy un estorbo. Aún estoy en el colegio; pero cuento diez y ocho años, y me aburro lo que no es decible... La familia de mi madre se daría por muy contenta con admitirme; pero si mi madre era digna de adoración, su familia... no sé cómo decírselo..., su familia está relacionada muy de cerca con el teatro, y éste no se ha hecho para la señorita Levasseur. Mi tutor desearía casarme con un hombre á quien no conozco, y que se casaría conmigo sólo por mi dote, á lo que parece; pero yo no quiero...

»Usted es mi amada hermana, y debe ser buena, porque estos ojos que veo no podrían mentir... Abrame los brazos para que yo me refugie en ellos muy pronto. La querré tanto y la abrazaré con tal fuerza, que acabará por alegrarse de haberme encontrado.

»Su hermanita *Edmunda Levasseur.*»

II

El tren de París á Honfleur entraba en la estación; dos jóvenes saltaron ligeramente de un compartimiento, pero como de común acuerdo permanecieron junto á la portezuela. Una joven, tan hermosa que hasta los viajeros que corrían hacia la puerta volvían la cabeza para mirarla, disponíase á bajar á su vez. Su falda se enganchó, y estuvo á punto de caer al saltar, pero los dos jóvenes se precipitaron para ayudarla.

— Gracias, caballeros, dijo.

Y sus hermosos ojos repitieron las gracias, distribuyendo sus miradas con una imparcialidad conmovedora.

— ¿Qué ha sido eso, Edmunda?, dijo una señora de edad respetable que acompañaba á la joven.

— Nada, señora, que estuve á punto de caer, y...

No dijo más, y con un movimiento de impaciencia dirigióse hacia la salida.

— ¿Quién es? ¿Dónde va?, preguntó uno de los jóvenes á su compañero. Conozco Honfleur y sus alrededores tan bien como mi bolsillo, y jamás había visto esa maravilla...

— Sigámosla, dijo el otro, y así nos informaremos. Seguramente es una joven de la alta sociedad, y sin embargo... sin embargo... hay en ella un no sé qué que no huele á convento.

El que hablaba así era un gallardo mancebo, que á pesar de su traje de paisano revelaba el militar á la legua: la mirada dura, el bigote provocativo y los ademanes un poco bruscos parecían indicar que aquel joven oficial no era muy benigno en el mando. Su compañero, mucho menos favorecido por sus cualidades físicas, tenía ojos azules de expresión meditabunda y acaso del hombre que se dedica al estudio.

Edmunda apresuraba el paso: con el cuello tendido y la mirada ardiente, trataba de reconocer entre las personas que esperaban á los viajeros aquella que debía haber ido á buscarla, sabiendo que de aquel primer encuentro dependían muchas cosas. Olvidó así del todo á los dos jóvenes, con cuya evidente admiración se había divertido durante el viaje; sin embargo, la admiración era para ella cosa tan indispensable como el aire que respiraba.

Apenas Marta Levasseur vió el rostro de aquella joven, que expresaba profunda emoción, no dudó un momento; adelantóse resueltamente un poco pálida, y limitóse á decir:

— ¿Se llama usted Edmunda Levasseur?

Edmunda, muy turbada, conmovida hasta el punto de llorar, refugióse por un movimiento de infinita gracia en los brazos de la joven.

— ¡Hermana mía!, murmuró.

Marta abrazó á la joven de la manera más cordial. Aquel beso sellaba un pacto, en el que Marta no había consentido sin vacilar antes mucho, sosteniendo una verdadera lucha en su interior.

— ¿Sabes, dijo, que me pareces una hermana verdaderamente seductora?

— ¡Oh! Si yo pudiese agradecer á usted...

— Pues comienza por tutearme, querida Edmunda, puesto que somos hermanas, repuso Marta.

Los dos jóvenes habían sido testigos de aquella escena; Marta los divisó al fin, pues hasta entonces no había visto más que á la hermosa viajera, y su pálido rostro se coloreó súbitamente.

— ¡Es usted, Roberto!, exclamó. Su madre no le esperaba hasta la semana próxima.

— Es que trato de darle una sorpresa.

— Pues entonces le conduciré á usted, porque no encontraría coche y nosotras pasaremos por delante de su casa.

Después, como Marta notase que miraba á Edmunda con curiosidad, añadió, no sin esforzarse:

— Mi hermana, la señorita Edmunda Levasseur... El señor barón de Ancel. El joven saludó profundamente.

Después se produjo un poco de confusión; era preciso ocuparse de la dama que había acompañado á Edmunda y que deseaba volver á París en el primer tren. Roberto desplegó una actividad tal vez exagerada, y al fin tomó asiento en el landó, frente á las dos jóvenes. Solamente entonces fijó la atención en su amigo, á quien había olvidado completamente y en el que sorprendió una mirada de enojo y envidia. En el momento de pasar junto al coche, Roberto llamó á su compañero con la mano.

— Marta, dijo, ¿me permitirá usted presentarle á un camarada de colegio, que ha obtenido licencia para acabar de restablecerse en Trouville? Es el capitán Bertrand, á quien he prometido presentar á mis amigos, y que será un compañero precioso para las fiestas que usted prepara, según me ha dicho mi madre... Bertrand, tengo el honor de presentar á usted á las señoritas de Levasseur.

El landó se puso en movimiento, y el capitán permaneció un momento inmóvil, contemplando á los tres jóvenes, á quienes oía reír; estaba descontento sin saber por qué, pareciéndole que no se había hecho aprecio de él, por más que Roberto le hubiese presentado. No obstante, al devolverle Edmunda su saludo, háblale mirado con alguna detención, y otra vez pensó que aquella mirada no estaba en armonía con la educación conventual, aunque también podía ser que no se hubiese educado en un convento; pero después de todo, era la joven más hermosa que jamás había visto, con sus grandes ojos negros — los mismos de su hermana, — pero con el cabello rubio. Esto constituía un contraste maravillosamente curioso. Marta, por el contrario, marcadamente morena, tenía color mate y el cabello casi negro, y era más agraciada que otra cosa; pero con



Edmunda comenzó á sollozar...

su elevada estatura y su aspecto grave, ¿quién hubiera pensado en mirarla dos veces mientras tuviese á su lado á la pequeña maravilla?

Cuando Roberto se hubo separado de las dos jóvenes, Edmunda tomó la mano de su hermana.

— ¡Qué contenta estoy!, exclamó... Si supiera usted... Si tú supieras...

Marta sonrió; háblale conquistado el encanto de aquella niña que parecía solicitar su afecto, reclamar su protección, que se hacía pequeña á su lado y que era verdaderamente conmovedora en su candidez semiconsiente. Comprendió de una manera vaga que aquella dulzura y encanto para pedir ayuda y protección debía tener para los hombres un atractivo irresistible. La madre de Edmunda había mirado tal vez á su padre como la joven la miraba á ella; mas este pensamiento no hizo más que cruzar su mente, como un dolor punzante hace vibrar un nervio enfermo. Después se entregó á la alegría de haber encontrado un ser más débil que ella á quien amar y mimar de todas maneras; y cuando Marta daba su corazón ya no volvía á tomarle. Su primer instinto fué rechazar á la hija de la extranjera; pero al fin la recogió, y ahora la adoptaba lealmente y en absoluto.

— Escúchame, Edmunda, dijo; en la carta que te escribí no me fué posible hablarte de todo. Conmigo vive una tía, hermana de mi madre, la señora Despois, que me ha educado y á quien amo con todo mi corazón. Será preciso que la conquistes, pues... mejor es que lo sepas... se opuso cuanto era posible á que vinieses aquí.

— Es muy natural, pues no ve en mí más que á la hija de mi pobre mamá; mas yo haré todo lo posible para que muy pronto no vea en mí sino á tu hermana.

— ¡Qué razonable y sensata eres!, exclamó Marta con admiración.

Edmunda comenzó á reír con su infinita gracia.

— Esto es elemental, dijo; haciéndose amar se obtiene cuanto se quiere.

Esta profesión de fe sorprendió mucho á la hermana mayor; pero Edmunda dijo aquello con tanta sencillez como si la cosa no admitiese discusión, y se entregó después á una charla tan seductora sobre la belleza del país y los recreos que se prometía en medio del campo, ella que no había conocido más verdor que el del bosque de Bolonia, que Marta olvidó muy pronto la impre-



sión que aquellas palabras le causaron. Cuando el coche penetró en la hermosa alameda que conducía al castillo, el cual no se divisaba aún, Edmunda quedó casi pensativa.

— ¿Y es tuyo todo esto, esos inmensos bosques?, preguntó.

— Sí, contestó Marta sonriendo. Se puede pasear durante algunas horas por la finca; y para hacer ejercicio apenas sería necesario salir de aquí.

— ¿Entonces serás muy rica?

— No mucho: las propiedades como esta cuestan caras, aunque yo no me molesto mucho para su conservación, según puedes ver. Me agradan más los bosques que un parque..., y no producen gran cosa; pero este es un lujo de mujer salvaje, que a mí me agrada en extremo. La fortuna de mi..., de nuestro padre, se repartió en dos porciones. Esta finca me corresponde por mi madre, y según he creído comprender, tú debes ser más rica que yo.

— Es posible. Papá especuló con el dinero de mamá y le ha decuplicado, según me dijo mi tutor. De todos modos, ni una ni otra nos moriremos de hambre. ¡Qué cosa tan horrible debe ser la pobreza!

— ¿Quién sabe? Yo no hubiera temido verme obligada a ganar la vida, ó por lo menos lo creo así.

Edmunda se estremeció de horror. ¡Ganarse la vida, trabajar como una segunda maestra del colegio de que acababa de salir! Ella, mujer de lujo, no hubiera sido capaz de hacerlo.

El coche penetró por la izquierda en una nueva avenida más ancha que la primera, sombreada por grandes hayas, y de pronto divisóse la mole gris del castillo con el bosque a la espalda, con su extenso prado cubierto de flores, desde donde la vista podía abarcar un inmenso espacio.

— Pero... esto es muy importante, exclamó Edmunda; parece un castillo de novela. ¿Habrá por casualidad aparecidos?

De repente Marta pensó con alguna tristeza que el aparecido que iba a visitarle era el pasado, bajo la forma de Edmunda, la hija de aquella mujer que tanto había hecho llorar a su madre. Y preguntóse si la difunta no la censuraría por aquella entrada triunfante, aquella toma de posesión. Las palabras de su tía resonaban en su oído. «¡Ya lo verás...! la desgracia entrará aquí con la hija de la actriz!» Pero Marta, desechando resueltamente estos pensamientos, se inclinó para besar de nuevo a su hermana.

— No, hija mía, dijo, no hay aparecidos en mi casa, y si los hubiera, la alegría de tus diez y ocho años los alejaría de aquí. Bienvenida seas; si yo puedo proporcionarte la felicidad, serás dichosa; me comprometo a ello.

Edmunda, muy conmovida y un poco inquieta por las serias palabras de su hermana, la miró un momento, y sus hermosos ojos de niña se llenaron de lágrimas.

— Te adivina, mi buena Marta, dijo con acento de verdadera sinceridad, y a no ser así, jamás hubiera osado escribirte. Papá me lo había dicho: «Si alguna vez necesitas ayuda y protección, Edmunda, dirígete a tu hermana; yo te aseguro que no será en vano...» ¡Cuántas veces he pensado en esas palabras! Pero... ¿cómo decírtelas? Te suplico que no me tomes muy por lo serio. No soy mala, pero tampoco sé si soy buena, y me parece que viviendo contigo podré llegar a serlo... En esto es principalmente en lo que hay que ayudarme... Hasta ahora he pensado sobre todo en divertirme lo más posible con las cosas de la vida; pero tal vez sea esto insuficiente como ideal... ¿Lo crees así?

Edmunda se reía, en parte con sinceridad, al hacer tal confesión, no queriendo que se tomasen sus palabras al pie de la letra y deseosa sobre todo de parecer bien a su hermana.

Marta sonrió.

— Me pareces bien tal como eres, repuso, con tal que seas siempre franca y sincera; esto es todo lo que te pido.

Se acercaban al castillo: los criados, curiosos por ver a la nueva *señorita*, habíanse reunido a la entrada para recibirla; Edmunda contestó a sus saludos con mucha gracia, y al punto se la proclamó como *encantadora, lindísima y no orgullosa*.

En cuanto a la señora Despois fué necesario ir a buscarla hasta el fondo de un gabinete, donde bordaba en un enorme bastidor, ocultando en parte su pequeño cuerpo de formas redondeadas.

— Tía Aurelia, aquí está mi hermana Edmunda.

Marta pronunció estas palabras con una entonación algo particular; amaba mucho a su tía; pero bien mirado, la joven era dueña del castillo, y en algunas ocasiones no vacilaba en darlo a entender. La tía se vió súbitamente con las manos tan llenas de sedas y lanas, que no pudo dar a la recién venida más que un dedo, y después se ocultó en parte detrás de su bastidor, sin dignarse notar la expresión algo turbada del lindo rostro de Edmunda.

— Buenos días, señorita, dijo. ¿Ha tenido usted buen viaje? Un poco de polvo, ¿no es verdad? En cuanto a mí, me causa horror el ferrocarril...

— Todo ha ido bien: gracias, señora; pero... yo la suplico que me llame Edmunda a secas... Marta tiene la bondad de tutearme.

— ¡Oh! Marta es muy dueña de hacer lo que guste; ella es quien invita a usted, pretendiendo que usted es su hermana. Yo no deseo otra cosa; pero si soy tía de ella, no lo soy de usted. La madre de Marta era hermana mía, una hermana a quien adoraba...

— Lo sé muy bien, señora; usted no desea mi presencia, y me parece muy natural; pero si usted quisiera fijarse bien en mí... ¡mire usted, así!... vería que no soy mala, comprendiendo también cuán doloroso fuera para mí dar lugar a la menor desavenencia entre mi hermana y usted. Y... yo aseguro que haré cuanto me sea posible para que algún día no lejano me perdone usted el ser... hija de mi madre.

Entonces, vencida por todas las emociones del día y por aquella primera resistencia, aunque prevista ya, Edmunda comenzó a sollozar con la violencia de los niños que no saben reprimirse y que quieren que se les consuele. Muy molestada por aquella escena, la señora Despois se retiró precipitadamente de su bastidor.

— ¡Vamos, señorita, dijo, vamos..., Edmunda!.

— Dispense usted, señora, balbuceó la joven entre dos sollozos, dejándose acariciar por su hermana; no lo hago a propósito; es que no puedo remediarlo... ¡Ea! Ya se acabó...

— Entonces será preciso que la bese para hacer las paces, ¿no es verdad?

— ¡Ah!... ¡Si usted quisiera no aborrecerme!

— Pero si yo no la aborrezco; lo que odio es el pasado. ¡Vamos, no se hable más del asunto! Tome usted... ¿Está contenta ahora?

Y tía Aurelia besó en la frente a la joven, no pudiendo resistir más a las miradas suplicantes de Marta.

La tempestad pasó tan pronto como había venido. Edmunda reía y lloraba aún, dando gracias a la señora Despois con frases sueltas entrecortadas por sollozos.

Marta se apresuró a llevarse a Edmunda para instalarla en su habitación. Al ver a las dos jóvenes, y sobre todo a la mayor, rodeando con el brazo a la otra, que parecía tan pequeña y graciosa junto a ella, Aurelia murmuró: «¡Si me hubiesen predicho que yo besaría a esa niña!... Pero con sus ojos hará cuanto quiera de todos los que a ella se acerquen. En cuanto a Marta, ya se ve que está hechizada. ¡Bah! Casaremos a la pequeña cuanto antes, pues seguramente no será de las que hacen ascos al matrimonio..., y después volveremos a quedar tranquilas. Esa muchacha es lindísima, no se puede negar...»

La habitación particular de Marta se componía de una espaciosa estancia con vistas al jardín y de un gabinete dispuesto en la gran torre de la derecha; este aposento circular era lindísimo, y tenía la pared tan gruesa que en su espesor, en cada estrecha ventana, quedaba lugar para dos asientos, en los que se habían puesto almohadones y desde los cuales se disfrutaba de una vista admirable. Una escalerilla de caracol, practicada igualmente en el espesor del muro, conducía al jardín por una puertecita de la que apenas hacía uso nadie más que Marta. Al piso superior subíase por la misma escalerilla, pero rara vez estaban ocupadas sus habitaciones. Junto a la alcoba, y comunicándose con ella, había otro aposento muy grande y alegre.

— He aquí tu habitación, Edmunda, si es que te agrada. Si la prefieres mandaré arreglar la de más arriba, que también tiene un saloncito en la torre; pero me ha parecido que, sobre todo si tienes miedo a los duendes, te agradaría estar bajo mi égida. Mi gabinete será el tuyo; ya ves que hay piano, libros y escritorio, y además es bastante grande para que no nos molestemos mutuamente.

— Déjame permanecer a tu lado, Marta, siempre junto a ti. ¡Estoy tan bien! ¡Qué bonita habitación me has dado, y qué vistas tiene! ¡Ah! ¡Qué felices vamos a ser las dos!

Algo sobrecitada y febril, Edmunda no podía estarse quieta y quiso visitar desde luego el castillo, mientras la doncella abría los cofres para poner en orden todos los efectos.

La parte posterior del castillo, muy irregular, cortada por torrecillas terminadas en cono, por varios cuerpos de edificio que tan pronto presentaban entrante como saliente, y algunos pequeños patios interiores con el pavimento de grandes piedras, todo ello construido en diversas ocasiones, según las necesidades del momento, no estaba muy en armonía con la severa fachada desnuda. Más allá veíanse las cuadras, un corral, un extenso verjel y un huerto, y en último término extendíanse a lo lejos por todos lados los silenciosos bosques...

Edmunda, pequeña parisiense escapada de colegio, al verse en plena campiña, se embriagaba ante aquel paisaje lleno de vida, que tenía para ella el encanto de lo imprevisto y de la novedad. Pensaba divertirse mucho y jugar al aire libre; mas en aquel pequeño cerebro las ideas se cruzaban y confundían desordenadamente.

— ¿Y vas a recibir visitas y dar fiestas? ¡Qué felicidad!... Ese caballero... ¿cómo se llama?... que tú encontraste fué quien lo dijo. ¿Le conoces hace mucho tiempo? ¡Qué extraño es que no haya pensado en casarse contigo, puesto que sois vecinos! Yo creo que el campo debe invitar a casarse...

— Ya ves que no, puesto que para mí no ha llegado todavía la hora.

— Ya vendrá. Me agrada mucho ese caballero, aunque tiene los hombros algo abultados; sin duda escribe mucho, inclinado sobre la mesa... También el otro, ya sabes, el militar, es seductor. Esos dos caballeros ocuparon el mismo compartimiento que nosotras durante el viaje. ¿No te lo dije? Yo me divertí mucho... Los dos me miraban sin apartar de mí la vista un minuto, y yo dejaba caer expresamente mi libro ó mi pañuelo para ver cómo se disputaban quién lo cogería antes; una vez tropezaron uno contra otro, y estuve a punto de soltar la carcajada. Después, al apearme, faltóme poco para caer, y los dos corrieron para ayudarme. Cada cual obtuvo una de mis mejores sonrisas, y así ninguno podrá tener celos.

Este relato no complació del todo a Marta.

— Espero, sin embargo, hermanita mía, que no serás coqueta...

— No lo sé; mas creo que sí, y no habrás de extrañarlo, puesto que te he confesado que tenía muchos defectos...

### III

Marta no había tenido nunca una amiga íntima a quien contar todas sus cosas; sus compañeras no fueron para ella más que compañeras, y tal vez esto explicaba que desde su primera juventud hubiese tomado la costumbre de escribir un diario. Muy reflexiva, amante hasta el punto de darse cuenta de sus propias impresiones y pensamientos, dejaba correr su pluma con cierto abandono, y escribía con la mayor sinceridad. Con frecuencia, cuando todos los de la casa dormían profundamente, Marta sacaba de su pupitre un libro con cerradura, que solamente se abría para ella, y en el fondo de un mueble, bien guardados bajo llave, tenía varios volúmenes semejantes, en cuyas páginas se expresaban todos los incidentes ocurridos en sus juveniles años y todos sus pensamientos. Algunas veces abría uno a la casualidad y encontraba allí descritos los acontecimientos que al pronto habían parecido muy importantes y cuyo recuerdo se había borrado; ilusiones que no se realizaron, grandes pesares de niña que desde lejos hacían sonreír, bosquejos de pequeñas novelas, de las cuales solamente se había escrito el primer capítulo, y juicios absolutos como lo son los que se forman a los diez y ocho años y que ahora la hubieran hecho ruborizarse. Pero Marta guardaba todos sus cuadernos, y aprendía a conocerse un poco, a tener indulgencia para aquellos que, a su vez, aleccionándose con mucha lentitud, muéstranse intolerantes, violentos ó inconscientes, así como los frutos son ásperos y agrios antes de la madurez... También aprendía a ser paciente consigo misma, y a no desesperarse cuando se sorprendía a sí propia en flagrante delito de orgullo ó intolerancia.

Una noche, cuando su hermana dormía ya con la tranquilidad de un niño, cansada de correr, Marta cogió su diario.

(Continuará)



SECCIÓN CIENTÍFICA

EN EL FONDO DEL GOLFO DE GUINEA  
LA MISIÓN FRANCESA DEL CAPITÁN BINGER

Entre el cabo de las Palmas y el de las Tres Puntas extiéndese una costa de cerca de 600 kilómetros

idea de hacer desbrozar aquellas espesuras. En trechos muy largos el sendero que une dos aldeas no es otra cosa que el lecho de un arroyo, lo cual, si bien es cómodo para los habitantes del país, pues les ahorra trabajo, resulta muy penoso para el europeo, que no podría andar descalzo, como los indígenas, sin que sus pies quedaran destrozados á la primera etapa.

ven de joyas que los agni de los dos sexos llevan en forma de brazaletes, ligas y collares. Los indígenas explotan la caoba, el caucho, el aceite de palma y en algunos distritos el palo campeche.

A unas cien leguas de la costa se empieza á encontrar algunos claros que se suceden cada vez con menor intervalo, hasta que se llega á una zona en donde el bosque constituye en cierto modo multitud de oasis. Muy pronto se alcanzan las llanuras del Sudán meridional, el país de los pastos, de las aldeas con chozas redondas, de las grandes aglomeraciones; el país en donde los pueblos fetichistas han sido reemplazados por los mandés musulmanes. Vense allí grandes centros de población, aldeas con muchos millares de habitantes, como Bondukú (7 á 8.000) y Kong (10 á 15.000), que revelan un mayor bienestar en aquellas regiones; compréndese que existe allí un pueblo más ávido de lujo, más ganoso de lucro, más laborioso; en una palabra, más civilizado. Muchas de aquellas gentes saben leer y escribir el árabe, y aun algunas tienen cierto barniz de educación que en vano se buscaría en una población del bosque. En la clase elevada de la sociedad mandé se encuentran individuos dotados de cierta distinción, de una fisonomía fina, de ojos vivos é inteligentes y de maneras que sorprenden tanto más cuanto menos se esperaba encontrarlas. El anciano imán de Bondukú y Karamokho-ulé y el soberano de Kong se hallan en este caso y se captaron en seguida las simpatías de mis compañeros de viaje.

Esta población es á la que debemos procurar atraer hacia nuestras factorías: su actividad mercantil es extraordinaria y se extiende por toda la desembocadura del Níger. De ella hemos de servirnos para hacer penetrar nuestros productos en todas partes, y á este fin deben tender todos nuestros esfuerzos. Ya cuando mi primer viaje pude observar entre los mandés de Kong notables cualidades comerciales, y ahora hemos tenido la suerte de confirmar nuestra primera impresión y de ver comprobadas estas cualidades por todos los individuos de la misión. Estas poblaciones desean entrar en relaciones directas con nosotros, comerciar directamente con nuestras factorías prescindiendo de intermediarios. En muchos distritos, en el Anno entre otros, el soberano ha mandado ya abrir nuevos caminos y rectificar los antiguos, de modo que hoy las distancias se salvan más cómodamente y los mandés llegan actualmente hasta el Comoé, en Attacrú y en Bettié y muy pronto podrán alcanzar nuestras factorías con gran beneficio para nuestro comercio.

La misión ha sido bien acogida en todas partes; los jefes con quienes tratamos desde 1887 á 1889 nos han facilitado la tarea de concertar nuevos arreglos, de manera que hemos podido ensanchar nuestros dominios anexionando á ellos el Diammala y el territorio de los ganne. La misión ha tenido también la fortuna de traer numerosos documentos geográficos y topográficos, colecciones etnográficas y finalmente una colección de más de un millar de fotografías, que ha sido recientemente expuesta en la Escuela de Bellas Artes de París.

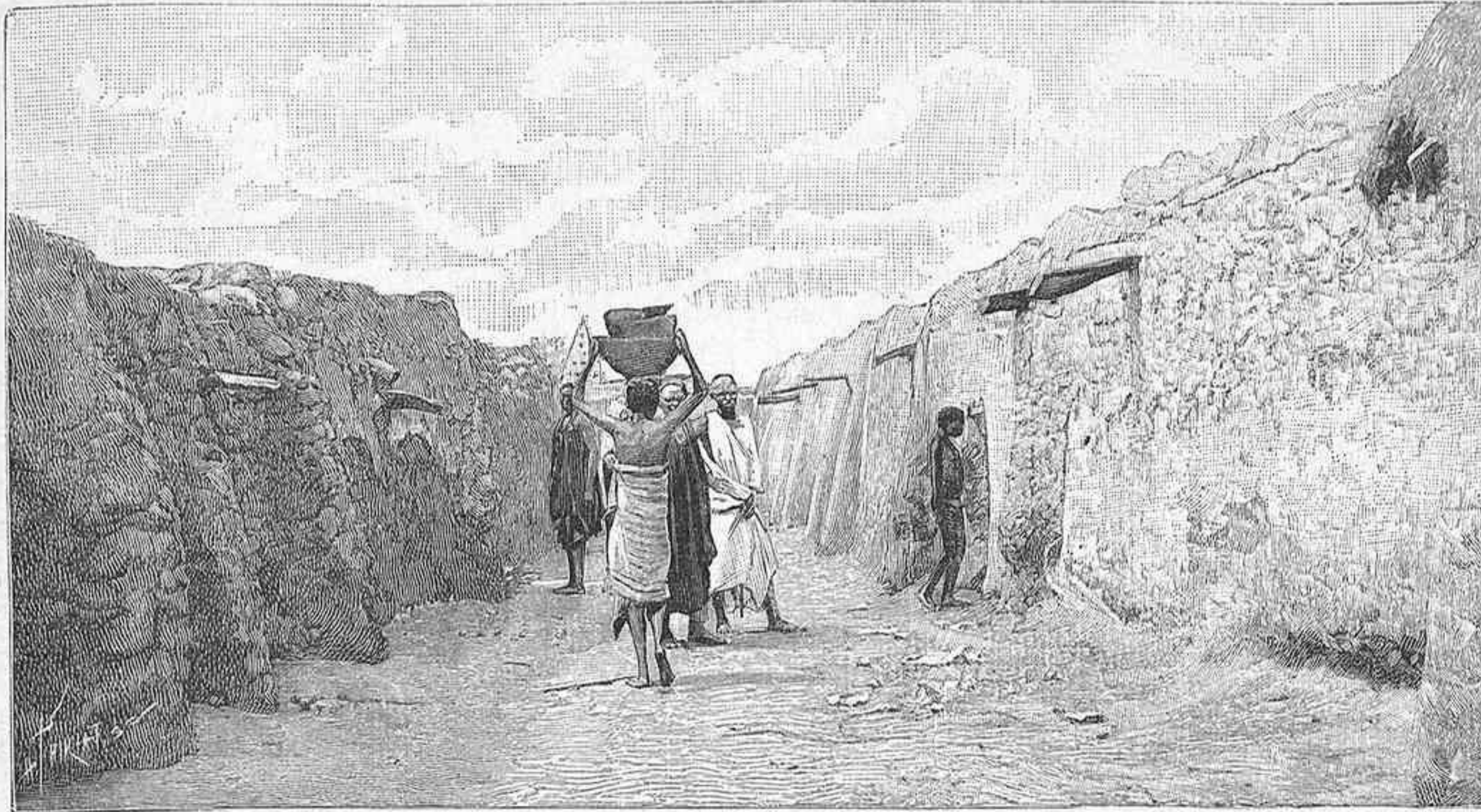


Fig. 1. Misión del capitán Binger en la costa del Marfil en el país de Kong. Una calle de Kong (de fotografía)

de extensión, bañada por varias corrientes, de las que las principales con el Lahú, el Comoé y el Tanoé. Esta costa, que pertenece á Francia en virtud de tratados, cuyas fechas remontan, en algunos de ellos, á 1850, no ha sido nuevamente ocupada hasta después que regresé de mi primer viaje, en 1889: actualmente forma parte del gobierno de la Guinea francesa, con el nombre de costa del Marfil, y confina al Oeste, por el río Cavally, con la república de Liberia, y al Este está limitada por el territorio de los achantis, la Gold-Coast (Costa de Oro) británica.

La misión que me había confiado el gobierno consistía en fijar los límites de nuestras posesiones del Este, de acuerdo con los agentes del gobierno inglés, y en avistarme con los principales soberanos del interior que están sometidos á nuestro protectorado.

La región que la misión ha recorrido es la parte oriental de nuestras posesiones de la costa del Marfil, que se extiende al Norte hasta las comarcas musulmanas de Bondukú y del país de Kong.

A pesar de las apariencias, esta región no se parece ni á nuestras posesiones de los Ríos del Sur ni á las del golfo de Benin; tiene un carácter especial por su constitución geológica, y por consiguiente por su vegetación y sobre todo por los pueblos que la habitan.

La forma general del litoral de la costa del Marfil es notablemente recta, debido esto á una corriente marina procedente del Este que ha hecho desaparecer las anfractuosidades de la misma y cerrado las desembocaduras de casi todas las corrientes de agua que van á parar al mar.

Las corrientes marinas han transformado las bahías en lagunas, separadas del agua salada por una estrecha faja de arena que constituye el litoral propiamente dicho, en donde se han establecido las factorías. Las lagunas así formadas son verdaderos lagos navegables que á menudo se extienden 70 millas paralelamente á la costa: tales son las de Ebrié ó de Gran Bassam, y la de Ahi y de Ehi ó de Assinia.

Muy cerca del mar estas lagunas están bordeadas por una cortina de paletuvios, que oculta una vegetación exuberante que se adivina en las cimas cubiertas de árboles gigantes. El suelo se eleva á medida que se avanza tierra adentro: pronto aparecen algunas colinas y algo más allá varios montículos volcánicos, dispuestos paralelamente á la costa, que las corrientes de agua salvan formando rápidos. Toda esta región está cubierta de un inmenso bosque que sin solución de continuidad se extiende en un espacio de un centenar de leguas hasta los confines de los países musulmanes de Bondukú y de Kong. En este océano de verdura, que el viento y el sol son impotentes á animar, reina una atmósfera pesada, el aire respirable escasea, las etapas son con frecuencia muy penosas y las raíces de las lianas constituyen obstáculos que es preciso vencer á sablazos. Por esta razón cuando en las inmediaciones de las aldeas se encuentran hermosos senderos abiertos por los indígenas, el viajero bendice á los caciques que han tenido la feliz

La población *agni*, la que habita el gran bosque, ha llegado allí en una época relativamente cercana (500 ó 600 años) procedente de los confines septentrionales del actual Achanti, habiéndose establecido en aquel territorio pacífica y cómodamente. En la época de su llegada, sólo las corrientes de agua importantes estaban habitadas, como lo están aún hoy en día, por una población exclusivamente dedicada á la pesca, que construía sus viviendas sobre pilotajes.

Las aldeas *agni* del bosque tienen mucha analogía con las achantis: á menudo no tienen más que una calle orientada de Norte á Sur en un claro rodeado de grupos de bananos, de algunos limoneros y ananas. Las chozas son rectangulares, en forma de tejadillos, con paredes de tierra amasada y techos artísticamente trabajados con palmas; por lo general son muy limpias y revocadas de ocre encarnado; no tienen de censurable más que el ser ridículamente pequeñas hasta el punto de no poder instalar en ellas apenas un catre y una maleta. Naturalmente ricos por los muchos productos que se encuentran en el bosque, los *agnis* son indolentes y tienen poca energía. Sus cultivos no les preocupan gran cosa; las mujeres son las que cuidan de los jardines de mandiocas, de ñame ó de maíz, y los hombres no se dedican

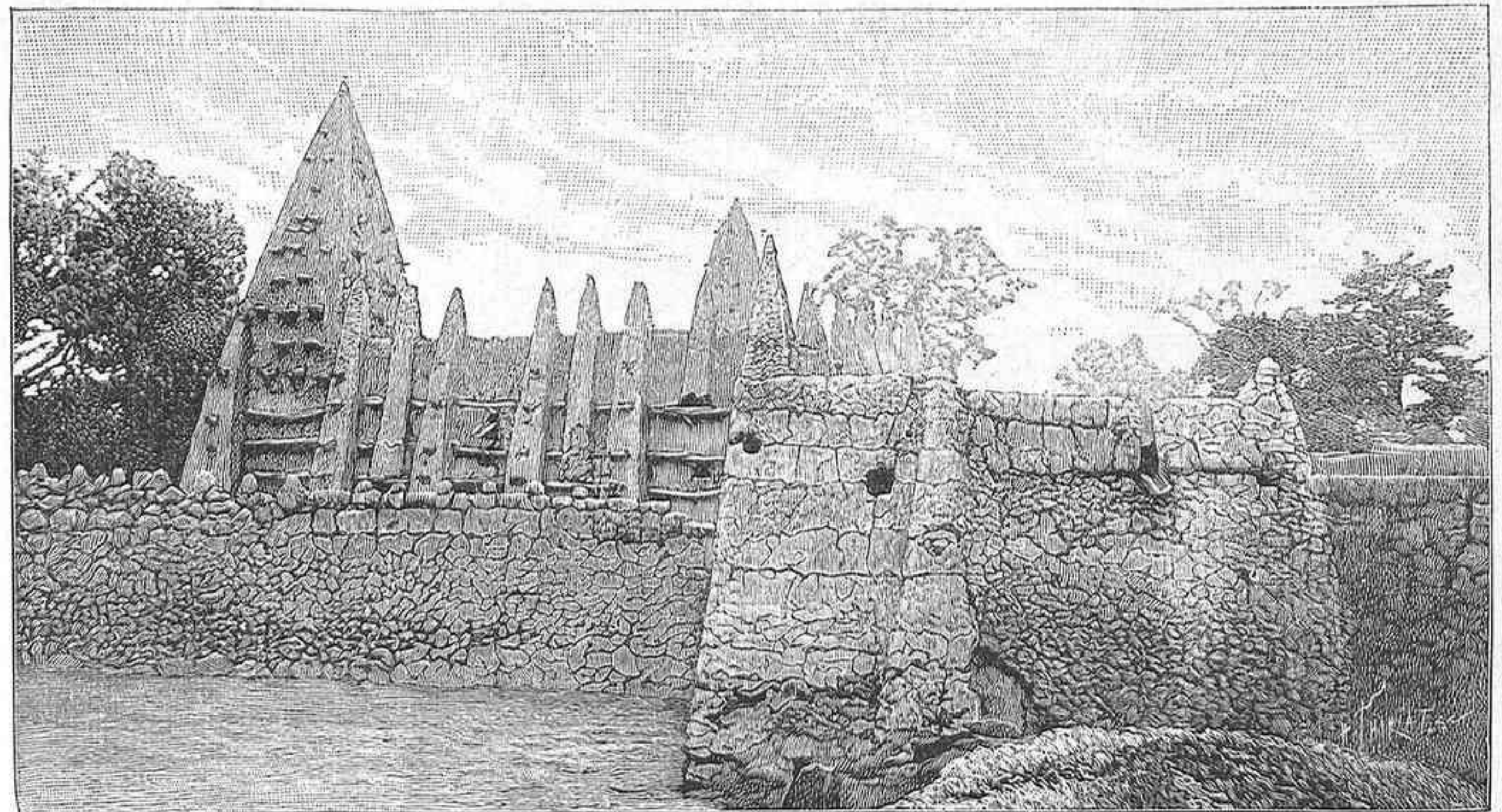


Fig. 2. Misión del capitán Binger. Una mezquita en Kong (de fotografía)

á otro trabajo que á la caza. En ciertas épocas del año una parte de los habitantes se ocupa en extraer y lavar el oro, que abunda mucho en los terrenos de cuarzo: el polvo de oro es, por lo demás, la única moneda corriente en todo el bosque; las pepitas sir-

Nuestros grabados son reproducción de dos de estas fotografías: la fig. 1 representa una calle de Kong; las casas son de ladrillos secados al sol, el exterior tiene por ornamento anchos contrafuertes, y en la fachada los indígenas elevan una serie de pequeños





Experimento de fluorescencia

alminares que algunas veces revisten proporciones monumentales, como lo demuestra la vista de la mezquita que reproduce la fig. 2. La puerta de entrada de las casas da á un vestíbulo que sirve de lugar de reunión y algunas veces de cuadra y desde el cual se pasa á un patio inmenso en el cual se abren las puertas de las chozas.

L. G. BINGER

\* \*

QUÍMICA SIN LABORATORIO  
EXPERIMENTO DE FLUORESCENCIA

Los colores extraídos del alquitrán de hulla no sólo tienen innumerables aplicaciones, especialmente en tintura, sino que también se utilizan para experimentos tan interesantes como de fácil realización.

Basta para ello tomar un vaso, llenarlo de agua, esperar á que el líquido esté completamente inmóvil y proyectar entonces en la superficie algunas partículas de fluoresceína: los granitos de color descenderán lentamente hacia el fondo del vaso en estado de disolución, dejando en pos de sí unos surcos amarillos de fluorescencia verde de hermoso aspecto.

La cantidad de materias colorantes que se emplea para producir el fenómeno es insignificante, siendo suficientes las partículas que quedan adheridas al papel en que se las ha colocado para verterlas luego en sus recipientes.

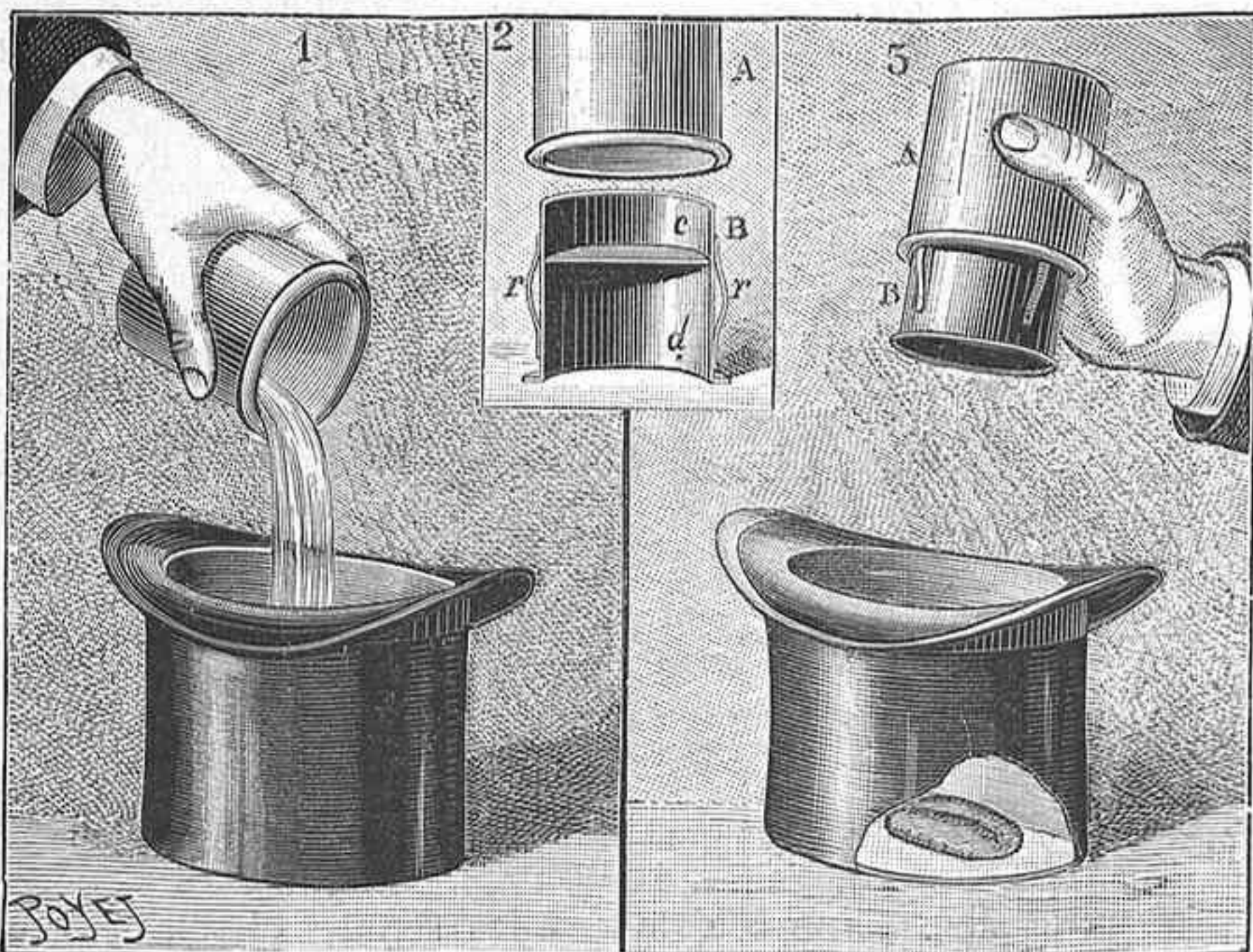
Este experimento sale bien con todas las materias colorantes artificiales que son más pesadas que el agua, que ésta empapa fácilmente sin disolverlas demasiado de prisa, y resulta especialmente notable con las materias colorantes de fluorescencia, tales como la eosina, la erytrosina, etc. Las materias colorantes no fluorescentes producen surcos de un solo color, tales como el verde malaquita, la coceína, el rojo francés. Finalmente, mezclando varios de ellos se obtendrá un verdadero ramillete de surcos de colores variados.

J. G.

\* \*

LA PRESTIDIGITACIÓN DESCUBIERTA  
COCHURA DE UNA TORTA EN UN SOMBRERO

Este antiguo juego de manos divierte siempre á los espectadores.



Figs. 1, 2 y 3. Cochura de una torta en un sombrero

Se rompen dos huevos en un bote de porcelana, se les echa harina y aun las cáscaras de aquéllos y algunas gotas de cera ó estearina de la bujía que alumbra la mesa (al fin y al cabo hay muy poca diferencia entre esta substancia y la margarina que suele venderse como manteca), y metido todo ello en el sombrero (fig. 1) se pasa éste tres veces por encima de la llama de una bujía y se retira de esta cacerola de nuevo género una excelente torta cocida en su punto. En cuanto al propietario del sombrero, que ha pasado por toda clase de zozobras, una vez terminado el experimento observa con visible satisfacción, por lo menos en la mayoría de los casos, que en el fondo de su chistera no queda huella alguna de la salsa que en él se había vertido.

La fig. 2 representa el aparato utilizado por los prestidigitadores para cocer una torta en un sombrero. A es un bote de loza ó de porcelana (también puede ser de metal), en el que se introduce un cilindro de metal B, cuyos bordes, en uno de sus extremos, están doblados exteriormente en todo su ruedo y que está dividido por un tabique horizontal en dos compartimientos desiguales *c* y *d*; el interior de la parte *d* está pintado de blanco brillante simulando el tono de la porcelana. Finalmente, cuando el cilindro B está metido completamente en el recipiente A, donde lo sujetan cuatro resortes *r r*, colocados alrededor, nada denota, á cierta distancia, que A no sea un solo objeto tal como ha sido presentado al comenzar el experimento.

El prestidigitador ha introducido secretamente en el sombrero la torta y el aparato B, haciéndolos caer en él al pasar por detrás de una silla en cuyo respaldo están colgados.

El bote A, que nada de particular ofrece, ha sido naturalmente sometido al examen de los espectadores: la harina que se echa á los huevos tiene por objeto hacer la pasta menos fluida y evitar así más seguramente las manchas.

Colocada la torta en el hueco *d* del recipiente B, el contenido del bote A, echado desde cierta altura, cae en la parte *c* del aparato; luego se introduce el bote poco á poco en el sombrero para coger y retirar al mismo tiempo el recipiente B y su contenido, no dejando en aquél más que la torta. La fig. 3 representa esta última operación; á propósito hemos dejado la parte B medio fuera del bote A; pero ya se comprenderá que debe penetrar enteramente en él cuando el bote, al ser introducido en el sombrero, está oculto á la vista de los espectadores.

Este experimento puede complicarse encendiendo alcohol ó pedazos de papel en el compartimiento *c* del aparato, pero procurese no hacer lo que aquel aficionado que para dar mayor brillantez al experimento puso en el recipiente tal cantidad de pólvora que fué preciso arrojar agua en el sombrero para extinguir el incendio que empezaba á producirse, con lo cual quedó aquella prenda como nuestros lectores pueden figurarse.

MAGUS

\* \*

LAS CASAS CONSISTORIALES DE FILADELFA

Y SU CÚPULA CUBIERTA DE ALUMINIO

Las casas consistoriales de Filadelfia, cuya construcción está en vías de terminarse, será uno de los monumentos más importantes del globo por su grandiosidad y originalidad y sobre todo por la cúpula que corona el edificio. Es éste de forma casi cuadrada: dos de sus lados tienen 142 metros de longitud y los otros dos 146. En la fachada que mira al Norte álzase una torre monu-

mental que disminuyendo de piso en piso llega á formar en su cima un octágono de 15 metros de diámetro y termina en una cúpula debajo de la cual habrá un reloj cuya esfera tendrá 6 metros de diámetro y cuyas agujas estarán á 110 metros del suelo. El piso de la torre reservado á este reloj está coronado por una cúpula de hierro-acero cubierta de aluminio (véase el grabado) que, merced al tono de este metal, producirá un efecto completamente nuevo é inesperado. Sobre esta cúpula se alzará una estatua colosal de bronce de Guillermo Penn, el célebre fundador de Pennsylvania, que ha sido fundida en cincuenta piezas, y cuyos peso y altura son de 24 toneladas y 11 metros respectivamente. El sombrero tiene 90 centímetros de diámetro y el borde del ala 7 metros de circunferencia: la nariz tiene 53 centímetros de longitud y 10 de abertura, la boca 30, la cabeza, desde la barba al sombrero, 1 metro y los dedos 75 centímetros. Después de la cúspide de la torre Eiffel, la cabeza de esta estatua será el punto más elevado del mundo en un monumento. Para evitar la oxidación del hierro de la cúpula ésta irá cubierta de una capa de aluminio encima del cobre previamente depositado sobre el hierro por medio de la electrolisis: de estos trabajos electro-metalúrgicos se ha encargado la *Tacony Iron and Metal Co.*, de Tacony (Pennsylvania), habiendo tenido que construir á este fin un edificio especial de 40 metros de largo por 20 de ancho. Las dimensiones de las tinas de electrolisis se han fijado naturalmente



Cúpula de la Casa de la Ciudad de Filadelfia y estatua de Guillermo Penn

según las de las mayores piezas que han de cubrirse, que son las pilastras y las columnas que rodean el piso del reloj, y como estas columnas tienen 8 metros de longitud y 90 centímetros de diámetro, aquellas tinas tienen 8 metros de largo, 1'2 de ancho y 1'5 de profundidad y contienen unos 17 metros cúbicos de disolución. La tina en que se efectúa el depósito del aluminio tiene 2'4 metros de profundidad por razón de los trabajos especiales que ha de ejecutar y contiene unos 30 metros cúbicos de disolución.

Las tinas están dispuestas en dos hileras en fosos cimentados: el hueco entre la tina propiamente dicha y el foso está lleno de agua á fin de impedir los escapes de importancia y de equilibrar la presión ejercida sobre las paredes de la tina por el líquido activo en ella contenido. Dos largas vigas de hierro en forma de doble T, sobre las cuales ruedan dos carretillas, permiten cambiar de sitio las piezas sometidas al tratamiento y llevarlas sucesivamente sobre las distintas tinas en las cuales deben ser sumergidas para asegurar un perfecto revestimiento electrolítico.

Las dinamos que para estas operaciones se emplean son las más potentes hasta ahora construídas en América para las operaciones electrolíticas, y envían las corrientes que producen por medio de conductores de cobre de 15 centímetros de ancho por 16 milímetros de grueso.

(De La Nature)



**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**

**Pepsina Boudault**

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>o</sup> CORVISART, EN 1856  
Medallas en las Exposiciones internacionales de  
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**GASTRITIS - GASTRALGIAS**  
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR** de PEPSINA BOUDAULT  
**VINO** de PEPSINA BOUDAULT  
**POLVOS** de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
y en las principales farmacias.

**LICOR del Dr. LAVILLE GOTA REUMATISMOS**

Específico probado de la **GOTA y REUMATISMOS**, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.  
F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS  
VENTA POR MENOR. - EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**FALTA DE FUERZAS**

**ANEMIA CLOROSIS DEBILIDAD CONSUNCIÓN**

**EL HIERRO BRAVAIS**

representa exactamente el hierro contenido en la economía. Experimentado por los principales medicos del mundo, pasa inmediatamente en la sangre, no ocasiona estreñimiento, no fatiga el estómago, no ennegrece los dientes. Tómense veinte gotas en cada comida.  
Lléjase la Verdadera Marca.  
De Venta en todas las Farmacias.  
Por Mayor: 40 y 42, r. St-Lazare, Paris.

**GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente a los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PREGIO . 12 REALES.  
Elegir en el rotulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Elegir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO DE VIVAS PEREZ**

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina

Recomendados por la Real Academia de Medicina



**CURAN inmediatamente** como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de **INDISPOSICIONES del TUBO DIGESTIVO, VÓMITOS y DIARREAS**; de los **TÍFICOS** de los **VIEJOS**; de los **NIÑOS, COLERA, TÍFUS, DISENTERÍA, VÓMITOS** de las **EMBARAZADAS** y de los **NIÑOS: CATA-**

**RROS y ÚLCERAS del ESTÓMAGO; PIROXIS con ERUPTOS FÉTIDOS; REUMATISMO y AFECCIONES HÚMEDAS de la PIEL.** Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público; tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

**PAPEL WLINSI**

Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.**, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

**JARABE DEL DR. FORGET**

contra los Reumas, Tos, Crísis nerviosas é Insomnios. - El **JARABE FORGET** es un calmante célebre, conocido desde 30 años. - En las farmacias y 28, rue Bergère, Paris (antiguamente 36, rue Vivienne).

**Jarabe Laroze**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes**, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

**al Bromuro de Potasio**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: **J.-P. LAROZE** 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**

El mas eficaz de los **Ferruginos** contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.** **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**

**Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN** **HEMOSTÁTICO** el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las **Grageas** hacen mas fácil el **labor del parto** y **detienen las perdidas.**  
Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris  
**LABELONYE y C<sup>ia</sup>**, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D<sup>o</sup> FRANCK**



Querido enfermo. - Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros **GRANOS de SALUD**, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. - Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud

Las Personas que conocen las **PILDORAS del D<sup>o</sup> DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**CARNE, HIERRO y QUINA**

El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

**VINO FERRUGINOSO AROUD**

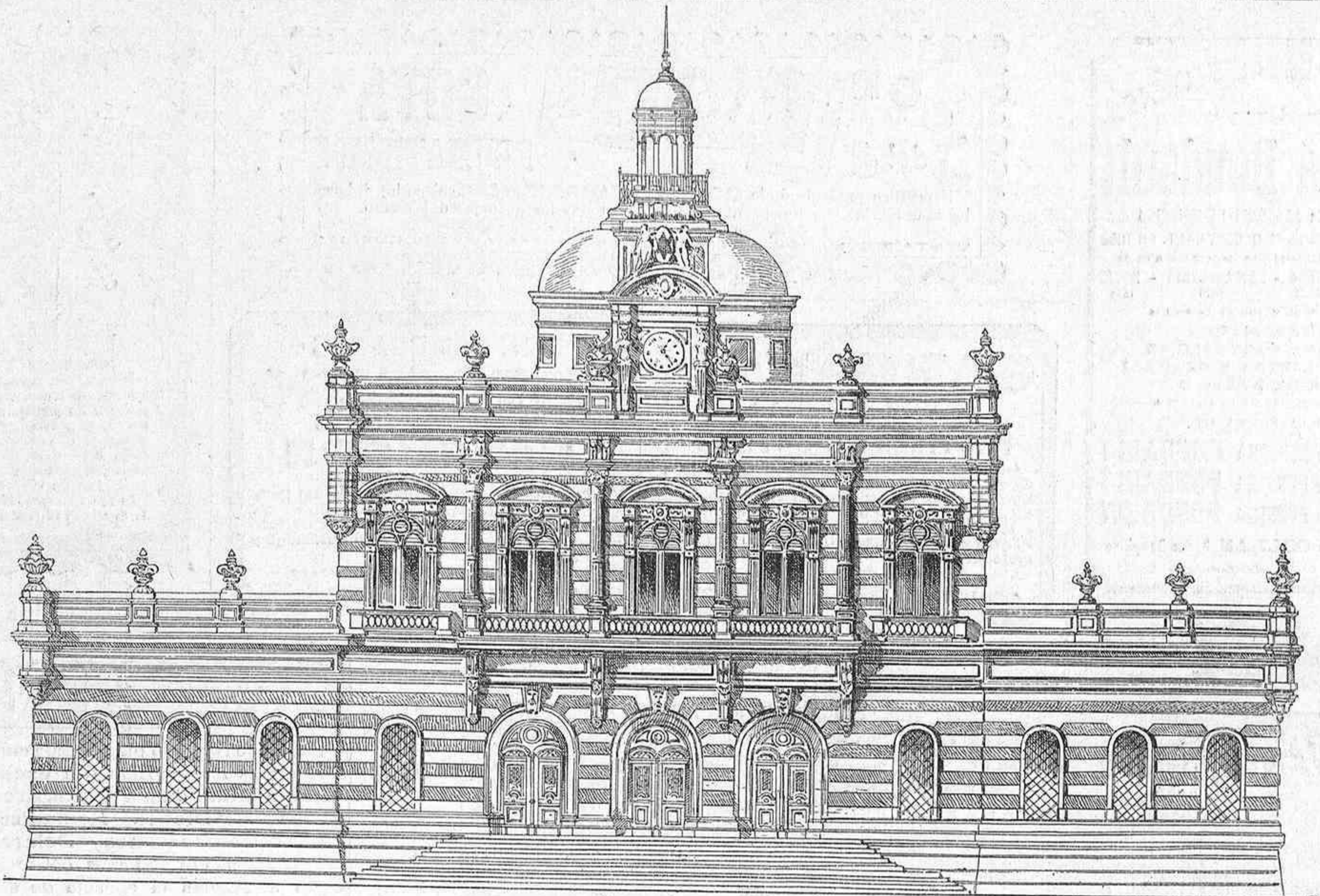
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la **Carne**, el **Hierro** y la **Quina** constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la **Clorosis**, la **Anemia**, las **Menstruaciones dolorosas**, el **Empobrecimiento** y la **Alteracion de la Sangre**, el **Raquitismo**, las **Afecciones escrofulosas y escorbúticas**, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el **Vigor**, la **Coloracion** y la **Energia vital**.

Por mayor, en Paris, en casa de **J. FERRÉ**, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de **AROUD**.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

**EXIJASE** el nombre y la firma **AROUD**





PROYECTO DE CASA DE GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE SALTA (REPÚBLICA ARGENTINA), del arquitecto M. Fontanarossa

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, Paris.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

**Curación segura**  
DE  
la **COREA**, del **HISTERICO**  
de las **CONVULSIONES**, del **NERVOSISMO**,  
de la **Agitación nerviosa** de las **Mujeres**  
en el momento  
de la **Menstruación** y de  
**LA EPILEPSIA**  
CON LAS  
**GRAJEAS GELINEAU**  
En todas las Farmacias  
J. MOUSNIER y C<sup>ia</sup>, 28, rue de Valenciennes, París

**CARNE y QUINA**  
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA!** son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la **Anemia** y el **Apocamiento**, en las **Calenturas** y **Convalecencias**, contra las **Diarreas** y las **Afecciones del Estomago** y los **intestinos**. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.  
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
**EXIJASE** el nombre y la firma **AROUD**

**GRANO DE LINO TARIN** en todas las FARMACIAS  
ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 80.

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas **Pildoras** se emplean especialmente contra las **Escrofulas**, la **Tisi** y la **Debilidad de temperamento**, así como en todos los casos (**Pálidos colores**, **Amenorrea**, &c.), en los cuales es necesario obrar sobre la sangre, ya sea para devolverla su riqueza y abundancia normales, ó ya para provocar ó regularizar su curso periódico.

**Blancard** Farmacéutico, en Paris, Rue Bonaparte, 40

**N.B.** El **Ioduro** de hierro impuro ó alterado como prueba de pureza y de autenticidad de las **verdaderas Pildoras de Blancard**, exigir nuestro **sello** de plata reactiva, nuestra firma puesta al pié de una etiqueta verde y el **Sello** de garantía de la **Unión** de los **Fabricantes** para la represión de la falsificación.  
SE HALLAN EN TODAS LAS FARMACIAS

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**  
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias  
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores **Laënnec**, **Thénard**, **Guersant**, etc.; ha recibido la consagración del tiempo en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de **ababoles**, conviene, sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRÍOS** y todas las **INFLAMACIONES** del **PECHO** y de los **INTESTINOS**.

**LA SAGRADA BIBLIA**  
EDICIÓN ILUSTRADA  
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas  
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**JARABE Y PASTA de H. AUBERGIER**  
con **LACTUCARIUM** (Jugo lechoso de Lechuga)  
EXPOSICIONES UNIVERSALES PARIS 1855 LONDRES 1862 Medallas de Honor.  
Aprobados por la Academia de Medicina de Paris é insertados en la Colección Oficial de Formulas Legales por decreto ministerial de 10 de Marzo de 1854.  
« Una completa inocuidad, una eficacia perfectamente comprobada en el **Catarro epidémico**, las **Bronquitis**, **Catarros**, **Reumas**, **Tos**, **asma** é **irritación** de la garganta, han grangeado al **JARABE y PASTA de AUBERGIER** una inmensa fama. »  
(Extracto del Formulario Médico del Sr. Bouchardat catedrático de la Facultad de Medicina (26.ª edición).  
Venta por mayor: **COMAR Y C<sup>ia</sup>**, 28, Calle de St-Claude, PARIS  
DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES BOTICAS

**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTEPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
para é mezclada con agua, disipa **PEGAS**, **LENTEJAS**, **TEZ ASOLEADA**, **SARPULLIDOS**, **TEZ BARBOSA**, **ARRUGAS PRECOCES**, **EPLORESCENCIAS**, **ROJEGES** &  
y conserva el cutis limpio y terso  
PRECIO: 5 fr. en Paris  
DE ST-DENIS 18

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
EL **PAPEL** O **LOS CIGARROS DE BARRAL** disipan casi **INSTANTANEAMENTE** los **Accesos de ASMA** y **TODAS LAS SUFOCACIONES**.

**FOMOUZE-ALBESPEYRES**  
78, Faub. Saint-Denis PARIS  
y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER Los **SUFRIMIENTOS** y todos los **ACCIDENTES** de la **PRIMERA DENTICION**  
**EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS**  
Y LA **FIRMA DEL BARRAL** DEL **DR. DELABARRE**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN